



LA ESQUIVA
SEÑORITA
MILLFORD

LAURA A. IÓPEZ

La esquivadora señorita Millford

Laura A. López

Derechos de autor © 2020 Laura A. López

Derechos de autor © 2020 Laura A. López
Título: La esquiadora señorita Millford
©Laura A. López, 2020
©Diseño de la portada de: Dayah Araujo.
ISBN:
Safe Creative: 2005013842218

Primera Edición
Asunción-Paraguay, 2020

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

A los grandes amores de mi vida, mi esposo, que me hace crecer cada día y me apoya en mis emprendimientos; y mi hija, que es mi aliento de vida.

Contenido

[Página del título](#)
[Derechos de autor](#)
[Dedicatoria](#)
[Nota del autor](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Epílogo](#)
[Acerca del autor](#)
[Libros de este autor](#)

Nota del autor

Es posible que se encuentren terminos o expresiones que puedan resultar desconocidos para el mercado español. Ante la duda, el diccionario de la Real Academia Española está disponible para consultas.

Capítulo 1

Para el mediodía, Ava de quince años, había escrito dos cartas para su vecino Frances que estaba en Londres, e iba por la tercera sino fuera por la llamada de la señorita Brown desde la puerta.

—Señorita Millford, su hermana y su cuñado requieren de su presencia en el almuerzo —mencionó la mujer con su sobrina Felicity en brazos.

—Gracias, señorita Brown ¿No esperarán a que acabe mi carta?

—A milord le gusta la comida caliente.

Ava gesticuló con los ojos y la boca por lo que le respondió la mujer. Ella se pasaba gesticulando la mayor parte del tiempo hasta sus muecas se convirtieron en algo natural.

Al bajar las escaleras, su hermana tenía una gran sonrisa en el rostro. La mesa estaba compuesta del conde de Sussex a la cabeza, a su derecha Agatha y a la izquierda Sebastian en una silla especial. En la otra punta se encontraba lady Sophia, que parecía ser eterna.

—Buen provecho —mencionó Ava, sentándose en la silla junto a su sobrino.

—Tengo que comunicarte que nuestros padres han regresado...—comentó Agatha, esperando ver alguna reacción de alegría de parte de ella.

—Ah ¿Tan pronto han hecho dinero?

Duncan carraspeó su garganta y con los ojos muy abiertos, ordenó a su esposa que prosiguiera con su interrumpido anuncio.

—Han comprado una casa y decidí que irás a vivir con ellos en Londres. Tendrás la oportunidad perfecta para aprender todo lo que necesitas para tu presentación en sociedad.

—Es sorprendente, pero pienso que a mi cuñado no le gustará perder a la niñera de sus hijos, a la tía bonita...—sugirió mirando a Duncan.

—Estoy de acuerdo con tu hermana. Es el momento de descansar... Perdón, de que vuelvas a vivir con tus padres, Ava.

Ella arrugó el ceño por lo que escuchó.

—Soy indispensable para Sebastian... —dijo, al momento que escuchó un bufido por parte de lady Sophia.

—La señorita Brown es indispensable. No necesitamos de una niña que se niega a aceptar los preceptos básicos del buen comportamiento. Te lo dije, Duncan, Ava debe ir a una escuela de señoritas.

—Lady Sophia, de eso podrían encargarse mis padres...—asumió Agatha.

—¡No voy a irme a ningún sitio! ¡Adoro *Hereford Manor*! No quiero regresar a Londres...

—Bien, si no quieres irte con tus padres, aún queda otra opción, Ava: la escuela de señoritas de la señora Ross. Tiene mucho prestigio —avisó su cuñado.

—Todas las muchachas han terminado bien casadas al salir de ahí —añadió Agatha para que aceptara.

—Solo ustedes pueden creer que un montón de maestras solteras pueden decirme cómo casarme, si eso resultaba ¿Por qué no están casadas? —increpó molesta.

—Aprenderás a comportarte y seguir las reglas sociales. En ocasiones hay mujeres que por uno u otro motivo no se casaron ni debieron casarse —pronunció su hermana.

—Por ejemplo tú no debiste casarte con él —señaló Ava a su cuñado.

—Limpiarás las caballerizas si vuelves a decir algo semejante a Agatha —amenazó molesto el conde.

—No debo morder la mano que me da de comer, pero no voy a ir ni a Londres ni a la escuela de señoritas de la señora Ross.

Después de aquel almuerzo, Ava regresó a la habitación para continuar con su tercera carta. Todas tenían un orden en que debía leerlas su receptor.

Mi querido Frances,

Esta carta te llegará a unos días después de lo acontecido en la finca por eso debes contar los días desde el fechado de la carta.

Hoy, Agatha me ha dicho que mis padres han vuelto a Inglaterra, y me alegro por ellos, pero no me complació en absoluto saber que quieren que me vaya. Si tú estabas aquí sin dudas saldrías a mi favor. Al negarme para vivir con ellos, el malvado esposo de mi hermana me ha dicho que me enviarán a una escuela de señoritas, una muy prestigiosa. Lamento que mi hermana tomara tan pésima decisión de casarse con él. No creerás que me ha amenazado con mandarme a limpiar las caballerizas. No puedo creer que piense en explotar a su inocente cuñada.

No sabes los sufrimientos que tengo desde que te fuiste, necesito que vuelvas. Estás retrasado una semana. ¿Qué me aconsejas? En ocasiones ignoro que puedo ser insoportable.

Escucho a la señorita Brown decirme cómo debo comportarme si alguna vez quiero casarme ¿No se ha visto en un espejo? ¡Es soltera y quiere darme consejos! No siento atracción por el matrimonio, no me parece que sea algo de lo

que uno deba estar plenamente orgullosa ¿Por qué la finalidad de una mujer debe ser la de servir a un hombre? Agatha me dijo que ama a su esposo y que no lo haga enojar porque una mujer no debe morder la mano que le da de comer. ¿Qué consejo temeroso es ese? Tengo miedo de la pobreza, es cierto. Mi cuñado me tiene muy bien, pero para ser feliz ¿Necesariamente debo casarme y ser mantenida por mí esposo?

Estuve pensando en ganarme el cariño de Sebastian para que me mantenga como la tía bonita ¡Se lo que estás pensando! No es bueno que utilice a mi sobrino, pero lo he estado convenciendo de que soy buena influencia.

Espero tu respuesta pronto. No vuelvas a mentirme sobre cuando volverás. Me complacería que disfrutes de los cotilleos que te escribí en las dos cartas anteriores.

Aguardo tus cartas con mucha ansiedad.

Tú amiga Ava.

En otra parte de la casa Agatha y Duncan conservaban sobre el terrible problema de Ava con respecto a educarse.

—Pensé que era una tontería lo de no querer casarse — comentó Agatha con preocupación.

—Ava no solo no quiere casarse, quiere hacer su voluntad. Es a causa de Frances. Le escribiremos una carta a él diciéndole que converse con ella para que acepte la idea de volver con sus padres e ir a una escuela de señoritas. Yo haría lo mismo con Felicity, deseo que sea educada y refinada. Conozco muchas mujeres, Agatha, y me temo que tu hermana pueda terminar en malos pasos por esto.

—Creo que no tiene ambiciones en la vida, al igual que pienso que debe dejar de vivir de sus sueños. No tendremos gatos en esta casa solo por una solterona. Si la señora Ross no resuelve nuestro problema, nada en el mundo lo hará. Esa hermana mía...

Capítulo 2

La respuesta de Frances no tardó mucho en llegarle a Ava que al recibir la carta se emocionó, sin embargo, fue poco lo que duró su felicidad.

Mi querida Ava.

Te saludaré mediante estas palabras que te escribo y te contaré lo que me han parecido tus extensas cartas, aunque primero me excusaré con respecto a mi tardanza. Mi abuela está enferma y me retiene en la casa porque piensa que se morirá. Te ruego, Ava, que no se lo digas a lady Sophia, pues podría generar una enfermedad colectiva en sus mentes, sé cautelosa.

Con respecto a los cotilleos que me chismorreaste, era de esperarse que el granjero Aston, tuviera un hijo que lo mantenía ¿Alguna vez viste una vaca en sus tierras? Es evidente que de granjero solo tiene el nombre. Sobre la señorita Úrsula, me has dejado parado. No suponía que tenía un amorío con capitán Wallace y abandonara a su prolífico prometido.

Tan solo he estado tres meses fuera de Derbyshire y esto se ha vuelto de cabeza. Para mí, estos meses han sido pesados con Winston insistiendo para que viniera a Londres. He pensado seriamente en la idea de ignorarlo por completo. Él y su esposa no hacen más que aquejarme con obligaciones que tengo que cumplir y para las cuales no estoy listo, aún ni he vivido.

En lo que a ti acontece, estimada señorita Millford, era de esperarse. La edad te ha alcanzado y las obligaciones se extenderán sobre tus hombros. Es una pésima idea intentar ser mantenida por Duncan y, suponiendo, que no eres la más agraciada de las cuñadas inglesas, te sugiero que vayas a la escuela de señoritas y hagas tu mayor esfuerzo por tener el mejor aprendizaje.

Si te comportas como desean, lo más probable es que no te envíen con tus padres para la temporada cuando cumplas la edad. Supongo que igual que yo, prefieres las propiedades rurales, a la

algarabía de una ciudad, pero eso no quita que debas cumplir con muchas cosas.

Espero que no estés pensando en replicar diciéndome que tampoco estás lista para las obligaciones y que no has vivido. Te recuerdo que eres una mujer y, no hay muchas elecciones para ti.

Me despido de ti, esperando que tu lógica sea razonable y aceptes de buen ánimo lo que te ofrecen.

Frances Percy.

Cuando culminó, dobló la carta y la sujetó un rato en la mano.

—Me has decepcionado, Frances. Mi respuesta te dejará calvo cuando pueda escribirla... —masculló sentándose en el diván de su habitación para observar a la señorita Brown cuidando de los niños.

Aquel día también había llegado la correspondencia para Duncan, y aquella no hizo más que colocarlo contento. Se levantó del despacho e interrumpió el té de Agatha y lady Sophia.

—He recibido respuesta de Frances —anunció Duncan a las damas.

—¿Y qué ha dicho? —curioseó Agatha, levantándose para observar la nota.

—Con lo razonable que es ese joven, puedo asegurar que te pidió que la enviaras a la prisión de Newgate. Es ahí donde debe estar esa bribona—masculló la condesa viuda.

—Dice que le aconsejará acceder, aunque duda que lo haga sin que le ofrezca una jugosa mensualidad mientras está en la escuela de señoritas... —anunció con el rostro preocupado.

—Es mejor darle lo que sugiere el duque. Ava es capaz de robar nuestras joyas, lo hacía en casa...

—¿Para qué querrá dinero? —se preguntó Duncan.

Esa contestación la tuvo durante el almuerzo en donde comenzaron a debatir sobre enviarla a la escuela de señoritas de la señora Ross.

—¿Qué son unas guineas para la pensión de una futura solterona? Tendré que armarme de fortuna. Esa es mi propuesta por ir a la escuela de señoritas.

—Dóblale la pensión, Duncan, no seas codo. A lo mejor con eso se va con sus padres —instó lady Sophia.

Agatha miró sugerente a su esposo para que pensara en tan buena propuesta que había hecho la viuda.

—No creo que deba ser chantajeado por una niña sin tapujos. Te irás con la mitad de lo que pides, Ava.

—¿Sí? Está bien, aún sigue siendo aceptable. Tengo otra pregunta... —avisó la muchacha.

—¿Cuál es? —preguntó su hermana.

—¿Por qué lady Sophia sí puede quedarse y yo no? Ella es casi una antigüedad en esta casa. Se queja la mayor parte del tiempo sobre Agatha, pero se sienta a beber té con ella. Me parece que es una actitud propia de una víbora.

Duncan cerró los ojos y se masajeó el costado de la cabeza por todo lo que escuchaba. Ser la cabeza de la familia era muy difícil cuando los miembros en su mayoría eran mujeres.

—Lady Sophia es una anciana y muchas mañas no podemos sacarle, pero tú, pequeña alimaña Millford, aún puedes corregirte.

—¡Me ha llamado alimaña, Agatha!

Su hermana se encogió de hombros y se dispuso a beber el vino que tenía en su copa.

—¡No puedo creer que lo apoyes!

—Quien se encargaba de tu defensa está en Londres, cuando vuelva puedes quejarte de nosotros... —le recordó su hermana.

—Mándala a limpiar las caballerizas, Duncan —ordenó lady Sophia—. Con eso es probable que aprenda un poco de humildad y mansedumbre.

—Limpiarás el lugar de *Brave* —mandó su cuñado.

Ella se iba a levantar, pero las órdenes eran claras en la mesa. La mirada de Duncan no admitía que se levantara antes de acabar el almuerzo. Por la tarde con una cubeta de agua, un cepillo y una escoba, se dispuso a limpiar el lugar del caballo consentido de su cuñado.

Aquel era como su nombre lo decía y les costaría un poco de trabajo colocarlo de vuelta en su sitio si algo le ocurría al caballo.

—Ve, eres libre... —dijo al caballo para que este se fuera, mientras ella limpiaba.

Iban a llevarse una sorpresa al encontrar un lugar limpio y vacío, sin estiércol y sin caballo.

Pensó que con eso serían castigados por mandarla a los establos. ¿Qué de malo hacía al negarse a ir a una escuela de señoritas? ¿Acaso no comprendían que ella amaba ese lugar? Su libertad era plena y querían volver a encerrarla como cuando vivía con sus padres. Estaba decidida a tener a como diera lugar su libertad.

Capítulo 3

Aquella mala decisión que tomó cuando liberó a Brave, la había condenado.

Duncan, quien difícilmente le podía levantar la voz a alguien, sintió la necesidad de estrujar el cuello de Ava. *Brave* Al estar libre, cabalgó cerca de la casa colocando en peligro a Sebastian, Felicity y a la señorita Brown. Fue suficiente ver a su familia en peligro para deshacerse de su cuñada. Sin dirigirle una sola mirada, le señaló el carruaje para que se fuera.

Nadie en la casa intercedió por ella. Agatha la ayudó con sus cosas al igual que la señorita Brown. Todos quedaron en silencio, mientras ella pedía que la escucharan.

Cuando sus baúles estuvieron listos, Agatha se colocó el sombrero, su chal y sus guantes. Iba vestida con elegancia y llevaba mucho dinero para dejar a su hermana en la escuela de señoritas.

—¡Agatha, sé razonable, no quiero ir! —exclamó su hermana corriendo detrás de ella por el pasillo de la casa.

—¿Razonable? Debiste ser razonable, pudo ser una catástrofe. ¿Imaginas a Sebastian bajo los cascos de un caballo? ¿Sabes cuál es la diferencia entre el caballo y tú? Que se supone que tú eres inteligente... —expresó Agatha entrando al carruaje—. El caballo actúa por instinto y tú por estupidez.

—¡Ya me disculpé! No ha pasado nada...

—No ha pasado nada, porque Duncan saltó de la segunda planta para sacar a Sebastian del camino. Agradezco que la señorita Brown sea tan rápida para tomar a Felicity y que no fuera pisoteada como el mantel donde estaba tu sobrina. ¿Y qué lady Sophia? Está en la cama, aun llorando del susto.

Ava quiso decir algo, pero prefirió callar o acabaría peor.

Durante el camino veía el paisaje y el rostro molesto de su hermana. No la convencería con sus lágrimas de nada en absoluto. Fue una tontería dejarse llevar por la venganza. No solo fastidió su estadía en casa de Agatha que la acogió pese a no gustarle la idea. Lamentaba más que su cuñado la odiara y que también le negara su mensualidad para sus fondos de solterona.

—No sé porque tanta condescendencia con lady Sophia — rugió para romper el silencio.

—Lady Sophia es la razón por la que Duncan es un conde, tiene dinero y puede pagar por ti una prestigiosa escuela de señoritas esperando un milagro que no sabemos si llegará.

—Me parece que están exagerando.

—¿Exagerar? ¿Era exagerado pedirte que te cierres la boca? No solo dices tonterías, sino también hieres a la gente. ¿No recuerdas al granjero?

—¡Solo le cuestioné que se le diga granjero!

—No me refiero a eso.

—¿A señor mentiroso mantenido?

Agatha asintió y Ava no volvió a abrir la boca hasta llegar a la majestuosa escuela de grandes pilastras de la señora Ross. Solo ellos podían hacer ese derroche de buen ver y lo bueno de todo era que la escuela se construyó en el condado donde vivían.

Cuando su hermana bajó del carruaje, Ava no quería salir de él, aunque sin mucho éxito. Agatha tenía mucha fuerza cuando estaba enfadada.

Ava estaba muy apenada de que la vieran otras jóvenes. No quería ser la burla de nadie, pues así sería el momento en que su lengua se convertiría en una serpiente.

Una mujer elegante que Agatha reconoció como Annie Western, las recibió en la entrada y miró con interés a la muchacha

que estaba ahí.

—Bienvenidas a la escuela de señoritas de la señora Ross, estamos encantadas de recibir las —saludó Annie con una inclinación.

—Gracias, señorita Western. ¿Es probable que la señora Ross me reciba hoy?

—Por supuesto, milady. Pasen por aquí, por favor. La señorita a internarse debe quedarse afuera del despacho de la señora Ross —comunicó la refinada mujer.

—¿Puede dar un paseo?

—Sí, milady.

—Vete a pasear, Ava.

—Prefiero quedarme aquí, sin tener contacto con nadie más —dijo enfurruñada.

Su hermana no le dio mucha importancia y caminó con Annie Western hasta dentro de la construcción ostentosa, que tenía a muchas niñas practicando en un lugar. Le recordaba a su tiempo en una escuela de señoritas un poco de menor categoría que esa.

—Por aquí... —señaló Annie hacia un pasillo ancho con muchas pinturas—. Su hermana es peculiar...

—Peculiar en todos los aspectos. Es un demonio.

Annie Western tocó la puerta y escuchó la voz de la señora Ross para que pasara.

—Señora Anette, hay alguien que quiere verla... —avisó, haciéndole una reverencia al señor Ross que estaba sentado junto a la ventana.

—¿Y qué te parece la joven? Imagino que traen a una muchacha para que hagamos algo —indagó la señora Ross.

—Una palabra es suficiente: Improbable.

—¡Esas son mis predilectas! Haz pasar a su madre o tutor — pidió a Annie que salió para buscar a Agatha —. ¿Qué cree, señor Ross?

—Yo no creo nada, solo espero...

—¿No hay fe en mí, Cédric Increíble Ross? Si pude casar a Melissa, puedo hacer cualquier cosa, hasta convertir un perro en un gato.

—Por supuesto, querida, lo que digas. Me iré a pensar en otro lugar donde pueda escuchar a mis pensamientos y no a tu agradable voz —refirió, abriendo una puerta que tenía comunicación con una habitación.

Cuando volvió a abrirse la puerta, la señora Ross se sorprendió de ver a la antigua señorita Agatha Millford. Aquellos rencores por los tratos que recibió su hija Melissa debían quedar en el pasado. Su prestigio lo era todo.

—Bienvenida, milady —la recibió la señora Ross con una gran sonrisa y le señaló un asiento frente a ella.

—Gracias, señora Ross. Primero que nada quería ofrecerle mis más sinceras disculpas por mi comportamiento años atrás para con su hija Melissa y también por Morgana...

—Ya lo he olvidado todo, querida. Melissa se casó con un marqués que estará próximo a ser un duque ¡Es mi orgullo! Y Morgana está casada con mi querido yerno favorito, el conde de Doncaster. Cualquier rencor de antes no existe.

—Me anima escuchar eso, señora Ross. He traído a mi hermana Ava Millford.

—¿Cómo es su hermana?

—Especial...

—¡Especial! —exclamó con una carcajada musical—. No hay nada que yo no pueda hacer por ella. Si pude casar a Melissa, le aseguro que su hermana será una pasada.

—Se niega rotundamente a ser refinada y participar en el mercado matrimonial en el futuro.

—Despreocúpese. La educaremos debidamente.

—Ava tiene una condición extraña, su cabello es muy rubio, demasiado, su piel en extremo blanca y sus ojos son como de color azul o lavanda...

—¿Está enferma?

—Sí, tiene una enfermedad que se llama no poder cerrar la boca...

—Por supuesto, comprendo. Haremos que se sienta lo más cómoda posible con su condición, pues no dudo que algunas muchachas puedan ser crueles como lo fueron con Melissa por su color y su altura. Le seguro que aquí promovemos ciertos valores que no se inculcan en otro sitio. Su hermana estará segura con nosotras.

Capítulo 4

La paz y la armonía reinaban en la residencia de los condes de Sussex, inclusive aquellos animales que no veían desde hace mucho, pisaban con gran alegría el jardín.

Frances volvió de Londres un tiempo después de que Ava se fue a la escuela de señoritas con lo que ella refirió en su carta como: «abandonar el nido con prisa».

Duncan le contó las últimas noticias de lo que había ocurrido contra su familia y le pareció imperdonable el hecho de que Ava se hubiera comportado de esa manera. Ella solo no deseaba que esa realidad feliz que tenía acabara. Encerrarla en cuatro paredes para ella era como si la mataran. Sus padres le enseñaron a robar a su hermana para que ella pudiera prosperar, pero ¿Cómo quedaba Ava?

Era casi huérfana creciendo desde una etapa difícil en la soledad, el miedo y la vergüenza de verse diferente a las demás.

—¿Es cierto que lady Beatrice está enferma? —indagó Duncan sentado, mientras redactaba una carta para Thomas.

—Sí, tiene la enfermedad de que viva con ella en Londres. No quiere que mi amistad con tu cuñada continúe...

—Por tu bien, te aconsejo lo mismo. No veo la hora en la señora Ross la case con alguien.

—Pobre Ava. Sin dudas le hubiera dado acogida si estaba cerca.

—Esa alimaña Millford es mi responsabilidad. Le aprecio y mucho, sin embargo, no aprendió a comportarse. Fui durante treinta años un empleado, sin ninguna instrucción, pero eso no me hizo despreciarlo todo. Cuando comprendí la importancia de lo que acontecía conmigo, me esforcé y gracias a la poca paciencia de Agatha, hoy puedo escribir sin errores. Es cuestión de que ella desee comportarse como una muchacha de su clase. Quiero que

vaya bien casada. He puesto muchas guineas para su dote. Atractivo no le faltará...

—Ella no desea casarse, es una niña —la defendió Frances.

—No comprende las implicancias de ser una mujer soltera. Un esposo le redituará compañía y una familia. Una excelente posición en la sociedad...

—Ava solo quiere ser libre y yo la comprendo. Mi vida está supeditada a mi abuela y mis obligaciones a Winston. Para él es más importante que nadie me asesine para quedarse con mi posición, pero vivo tranquilo aquí, sin miedo.

—Un hijo bastardo de tu padre es un problema.

—Nadie en la familia lo sabía, salvo mi abuela. Ya quiere que me case y que tenga hijos, pero yo no lo deseo. Quizás si aquel medio hermano es paciente, me heredará. En Londres conocí mujeres alegres y tomé bastante. Es algo que me agrada y no quiero casarme aún y seguir ajeno a algunos placeres de la vida.

—Los placeres de la carne son una perdición. Las mujeres alegres de Londres te cobran, una campesina o una doncella no lo harían. Aquí hay varias y tú eres muy buen mozo para que te desprecien, Frances.

—Lo pensaré. Por el momento me quedaré en mi casa, esperando que suelten a Ava de su prisión.

—No olvides leer su carta porque morirá si no lo haces...

Él sonrió y se sentó para tomar uno de los libros y sentarse a leer. Cuando estaba en aquella residencia, pasaba más tiempo allí que en su propia casa. Se alegraba de pasar el tiempo con esa familia, más que con la de Winston.

—Milady, ha venido una visita a la casa —comunicó la señorita Brown.

—¿Quién podría ser? —indagó Agatha, confundida.

—Dijo que venía de la escuela de señoritas. Me temo, milady, que su hermana hizo alguna barbaridad.

Agatha se tomó del pecho al pensar que iban a quejarse de su hermana. Se apresuró para recibir a la persona y vio que era la propia señora Ross que la visitaba.

—Buen día, señora Ross —saludó nerviosa.

—Para usted serán muy buenos, porque nos dejó a ese demonio en la escuela.

—¿Qué hizo Ava? —inquirió tirando su cuerpo al sillón.

—Me gustaría que hubiera hecho algo de lo que le pedimos. Es rebelde. Debería estar en la prisión de Newgate.

—Es la segunda persona que lo sugiere.

—Su hermana es problemática.

—¿Problemática? Me parece que es una palabra muy grave.

—Oh, disculpe, ella no es solo problemática, es muy problemática. Ha llamado a la señorita Western: “ávida casamentera sin resultado, simplemente solterona”.

Agatha tapó su boca con ambas manos y palideció.

—Me apena con la señorita Annie. Qué catástrofe.

—No estamos acostumbrados a que nos insulten, milady. He descubierto el problema de su hermana.

—¿Cuál es?

—No se acepta. La señorita Millford piensa que no podrá casarse porque es extraña. Por eso se ha considerado una solterona irrevocable.

—La enviamos a la escuela de señoritas para que eso cambie.

—Podemos darle toda la educación a nuestro alcance, sin embargo, sus miedos escapan de nuestras manos. Si sigue pensando de esa manera, ella se quedará en verdad solterona. Le hace falta una buena costura en la boca y, se la colocaremos nosotros. Solo vine a comentarle esas novedades. Ha pasado un mes desde que la dejó y estamos comprometidos en comunicarle a cada familia sobre el progreso de su retoño.

Ava no encontraba sosiego en la escuela de señoritas. Hizo unas buenas conversaciones con algunas niñas, pero estaban huecas. Soñaban con que se casarían y serían las grandes señoras.

Intentaba no desesperarse y salir corriendo al escucharlas. Le obligaban a practicar casi la mitad del día a cómo saludar correctamente.

La señorita Western era muy paciente y amorosa, sin embargo, con ella se volvía un demonio que la hacía practicar reverencias y comenzar diálogos e inventar conversaciones interesantes.

Cuando llegaba la noche, a la luz de una vela, le escribía unas líneas a Frances. Cómo extrañaba a Frances.

Mi querido Frances.

El aliento me falta, este lugar me asfixia. No sé qué hacer para encajar aquí. Noto que me miran con fijeza y de manera extraña. No estoy cómoda ni feliz.

No he conocido mujer más casamentera que la señora Ross. Me ha dicho: «No me harás fracasar, he casado a todas y tú, no serás la excepción». Puedo asegurar que es una amenaza. Me sugirió con amabilidad amoldarme, o me iba a amoldar como lo hizo con Melissa, porque la menciona con mucha frecuencia, con una muy abusiva, hasta siento que me han cambiado de nombre.

Extraño la libertad del campo, de poder ir a tu casa en tu ausencia y comer tus manzanas de la plantación. Debo convencer a mi sobrino Sebastian de me quiera por siempre para quedarme allí,

y tú, recuerda que me prometiste ser mi amigo por siempre. Debes vivir junto a la propiedad de mi cuñado para los siglos de los siglos...

Capítulo 5

De qué Ava Millford fuera a la escuela de señoritas, habían pasado tres años. La señorita Ross la sentenció a conseguir un esposo tarde o temprano.

Para que su estancia en la escuela fuera pasable, se hizo amiga de dos señoritas a quienes convenció en silencio de que el matrimonio no debía ser para todas, en especial si eran ricas.

Le aconsejó a la señorita Annie Western que se resignara a ser solterona y viera el lado bueno, aunque, su respuesta fue agria «No todas despreciamos lo que usted se da el lujo de ignorar».

La señora Ross la dejó un día completo en su despacho haciéndola escribir: “Me agrada pensar en el matrimonio”, por haberle dicho aquello a la señorita Western. Para su sorpresa, aquella mujer casamentera, resolvió la soltería de Annie en un mes. Para Ava aquel hecho solo era el vaticinio de que la señora Ross estaría detrás de ella hasta abandonar la escuela.

Cuando volvió a la casa de su hermana y de su cuñado, sus sobrinos estaban más grandes.

—¡Oh, Felicity está muy grande! —Exclamó al ver a la niña de unos tres años que se ocultó detrás de la pierna de Duncan —. Tú y yo, pasaremos mucho tiempo juntas conversando...

—De ninguna manera ocurrirá eso... —sentenció Agatha.

—¡Y mi querido Sebastian! Eres todo un caballero galante... —dijo tocando el caballo de su sobrino que tenía casi seis años y que la recordaba con cariño —. Tu tía Ava te extrañó demasiado, no tenía a quien convencer de nada.

—Bienvenida a tu hogar, Ava —saludó Duncan, que pareció olvidar el incidente con el caballo.

—Gracias, estimado cuñado. ¿Dónde está Frances? Debía estar aquí para recibirme. No puede ser que haya ido a Londres sin

avisarme. A ese joven le hace falta un correctivo y yo se lo daré. Lo siento, la señora Ross ha tenido una influencia terrible.

—Es lo que nos esperábamos, aguardamos que vengas dispuesta a conversar sobre tu dote —avisó su hermana.

—Sí, por supuesto. Lo que pagarán para que alguien se haga rico a sus costillas.

—Al menos tú la tienes, Ava. Te recuerdo, que yo no he aportado nada a mi matrimonio.

—¡Está bien! ¡Estaré encantada de escucharlo todo!

Duncan y su esposa parecían conformes con la nueva Ava que llegó hasta ellos. Por eso serían tan generosos con ella para que fuera bien casada.

Ella los siguió por los pasillos de la casa hasta el despacho de su cuñado y se sentó como solo una dama educada lo haría. Debía demostrar sus conocimientos adquiridos. No todo era malo en la escuela de señoritas de la señora Ross. El señor Ross le ayudó con los números y le aconsejó, sin que su esposa lo supiera, que era mejor ser una soltera respetable a una mujer mal casada. No todos los matrimonios eran como los de su hermana o de las hijas de la señora Ross.

—Con el señor Millford hemos acordado que nosotros colocaremos una octava parte de tu dote, lo que asciende a una buena cantidad de guineas y unas propiedades. Hemos adquirido una muy cerca de aquí, para que no lamente tener que mudarte cuando te cases...

—¿Tengo una propiedad?

—Tu dote la tiene y será de tu esposo —aclaró su hermana.

—Supongamos... ¡No crean que quiero quedarme soltera! —mintió—. Pero ¿Qué ocurre si no me caso?

—También lo hemos pensado con tu hermana. Cuando cumplas veinticinco y no te has casado, toda tu dote será llevada por un administrador para tu beneficio. Serás rica y soltera... —contó su cuñado.

Una sonrisa genuina se formó en su rostro. Estaba segura de que se convertiría en una mujer rica y solitaria a los veinticinco años.

—Pero... —dijo Agatha.

—¡Ahora qué!

—Deberás esforzarte para salir casada en cualquiera de las temporadas. Recuerda que la primera definirá cómo serás percibida y el resto es a la suerte...

—Estoy preparada para cualquier cosa, incluso, para casar a quien no quiere casarse...

Después de abandonar a su familia, se colocó una ropa de paseo para ir a buscar a Frances. Aquel le debía demasiadas explicaciones. Al acercarse a la residencia de él, lo vio caminando con lentitud hacia la finca.

—¡Frances Percy, eres duque muerto! —anunció desde la colina.

—¡Sé que me perdonarás! —aseguró apresurado el paso para llegar hasta ella.

Su sonrisa al ver a Ava era genuina. Esperaba verla siempre con ese semblante de felicidad que cargaba.

—¿Quién dice que voy a perdonarte? —increpó, fingiendo un enojo que no sentía, pues vio que Frances llevaba algo escondido en sus manos.

—Perdóneme, señorita Millford. Conoce mi debilidad por dormir. Me he quedado dormido, pero no me olvidé de usted...

—¿Qué tienes en la espalda?

—La cola de mi levita...

—¡Eres tan simpático! En tus manos...

—Muchos dedos...

—¡Oh, qué carismático! ¿Qué tienes entre esos dedos?

—Una caja. Me toca preguntar a mí... ¿Qué tiene la caja?

—Por el tamaño, creo que debe ser una baratija cariñosa...

—Estuviste muy cerca.

—¿Una baratija que compraste porque olvidaste comprarme algo más grande? Frances, me gustan los vestidos...

—¿No crees que puedan ser guantes?

—De seguro será uno con el que voy a retarte a un duelo en el ajedrez.

—¿Te rindes?

—Por supuesto que sí. Quiero verlo, y no me importa si es una baratija...

Frances sonrió y le mostró la caja.

—Una dama no debe iniciar su camino, sin menos que esto —
alegó entregándole el presente.

Ava le devolvió una sonrisa, y abrió la caja. Al observar el contenido, subió con presteza los ojos a su acompañante.

—Es una gargantilla como la que alguna vez recibió Agatha, pero de otra piedra.

—Me dijiste que te había gustado mucho su joya.

—¡Te lo dije hace casi seis años!

—¿Y por eso tenía que olvidarlo? —preguntó tomando la mano de Ava para dejarle un beso en ella —. Deseamos que vayas muy bien casada, Ava.

—Les agradezco. ¿Sabes que haré con esta joya si me vuelves a hablar de que me case? La arrojaré a esa oca que se come todo.

—Pensé que ibas a cambiar...

—¿Cambiar en qué? La señora Ross es una influencia negativa para cualquier muchacha que desee conservarse soltera. Ella sabe que conmigo fracasó. Eso no significa que no aproveché sus enseñanzas, seré una solterona refinada. Tú y yo, seremos solteros. ¿Quieres que perdamos todo lo que conseguimos? No me casaré y sé que tú tampoco lo harás...

—Espero no tener que casarme nunca. Tampoco quiero dejar Derbyshire, ni a ti...

—Entonces no lo hagamos. Vayamos a pescar al estanque como no lo hacemos hace mucho...

—¿Qué usaremos de carnada?

—Tengo una valiosa gargantilla, quizás sea atractiva para los peces más que para los caballeros...

Capítulo 6

Cuatro años después...

Tenía veintidós años y había salido victoriosa de cuatro temporadas. La señora Ross no pudo con ella. Ni su hermana, ni su cuñado, ni Frances, ni la señorita Brown.

—¿Cómo está mi sobrino predilecto? —preguntó acariciando el cabello de su sobrino.

—No le doy dinero a las solteronas —replicó el pequeño de diez años.

—¡Niño con mala educación! Te falta un preceptor. No sé a quién pudiste haber salido. Me avergüenzas... —gruñó—. No es malo ser solterona, es peor ser un pequeño lengua suelta.

Sebastian la ignoró y se sentó junto a Frances en el sillón, mientras él, observaba con una lupa la colección de estampas de lady Sophia.

—No puedes pelear con un niño de diez años, Ava. Tiene razón...

—¿Le pedí dinero? ¡No!

—Pero sabe que cuando te pones cariñosa es porque buscas algo. Deberías cambiar de estratagema si quieres conseguir algo con él. Es el futuro conde y por lo que escuché de labios de su padre, él administrará tu dote, pues ya se han resignado a que no te casarás.

—Sebastian tendrá trece años cuando le den mi dinero.

—Será el momento de hacer prácticas. A su edad yo hacía números.

—¡Oh, disculpe usted, excelencia, por no tener fe en mi sobrino! Si tiene mi inteligencia, por demás que lo administrará bien.

Lo único que he comprobado es que Felicity no se parece en nada a mí, está hueca. Quiere ser una hermosa dama, es terrible.

—Es por la influencia de su madre, de su padre, de lady Sophia, de tus padres, de mí, para que no salga como tú.

—¿Sí?

—Sí.

—¡Qué grosería! ¿Dónde está la señorita Brown? Debíamos ir a recoger fresas y por decirme esas cosas feas, tú no estás invitado —dijo alzando la nariz para salir hacia afuera.

Frances no le hizo mucho caso. Ava seguía siendo aquella niña caprichosa que se hizo de una pésima fama en Londres. No recibió ninguna propuesta y no se refería que era por lo descolorido de su piel o su cabello, sino por sus comentarios picantes no eran agradables al resto. Todas sus amigas habían contraído matrimonio, menos ella. Era la única que continuaba sin hacerlo. Él quitó una conclusión de que estaba jugando una carrera contra la experimentada señora Ross.

Ava buscó a la señorita Brown por todos los rincones de la casa o por donde podían estar los criados, lo único que no imaginó, era encontrarla al bajar la colina, con un hombre arrodillado frente a ella.

—¡Señorita Brown! —exclamó para llamar su atención.

El caballero que yacía a los pies de la señorita Elisa Brown, se levantó y se sacudió las prendas. Ava se acercó y reconoció al hombre.

—¿Señor Allen? Veo que ha sido tan caballeroso con la señorita Brown, se le debió caer algo importante.

—Señorita Millford, se ve radiante el día de hoy. Vine para charlar un poco con la señorita Brown.

—Sí, a eso vino —apoyó la señorita Brown con un poco de torpeza.

—Su excelencia está en la casa de mi cuñado por si quiere charlar con él. No es bien visto por mis ojos en este momento. La señorita Brown tiene un compromiso de recoger fresas conmigo...

—Lo tendré en cuenta, señorita Millford. Señorita Brown, espero que tome en cuenta lo que conversamos.

—Sí. Usted no se preocupe, que yo me ocupo —dijo carraspeando la mujer.

El señor Allen se despidió de ellas y regresó a sus tierras.

—¿Qué se le ha caído al señor Allen? —increpó Ava, a la vez que caminaban tomadas del brazo.

—No se le ha caído nada, señorita Millford.

—¿Y entonces por qué estaba arrodillado? No me atrevo a pensar en lo peor.

—¿Y qué significa lo peor para usted?

—Que sea un ferviente admirador suyo y que tenga intenciones ocultas, como la seducción...

—El señor Allen me pidió matrimonio.

—¡Ya sé qué se le ha caído! ¡La vergüenza! ¿Cómo pudo insultarla, señorita Brown?

—No me ha insultado. He aceptado la propuesta del señor Allen. Es un hombre encantador.

—¿Cuál es su encanto? Tiene vacas. Señorita Brown, no se deje seducir por el ganado. ¿Mi cuñado no le está pagando bien por eso está tomando una decisión desesperada?

—No se trata de eso. Quiero casarme.

—¡Está muy vieja, señorita Brown! ¿Cuántos años tiene? ¿Cincuenta?

—Tengo treinta y tres. Aún estoy a tiempo de tener mi propia familia...

—¿Quién le ha metido eso en la cabeza? ¡Dios, debe ser por lo tacaño que es Duncan! ¿Y Sebastian, Felicity y yo? ¡Qué egoísta! —exclamó sin medir sus palabras.

—Lord Sebastian está a punto de tener un preceptor. Lady Felicity tendrá una institutriz y usted, es la más apta para cuidarse por sí misma —contestó la mujer.

—¡Voy a arreglar esto! ¡Haré que le dupliquen el salario! —aseguró con prisa para regresar a la casa y enfrentar a su cuñado y su tacañería.

No escuchó las explicaciones de Elisa Brown, solo hizo lo que su mente le exigió. Para ella, la señorita Brown solo podía tomar una decisión tan horrible de pertenecer a un hombre por el hecho de no poseer fortuna.

Entró al despacho sin tocar. Agatha y Duncan estaban en el mismo espacio, pero haciendo cosas diferentes. Su hermana pintaba y su cuñado estaba concentrado en un libro.

—¿Qué ocurre, Ava? —inquirió Duncan sin mirarla.

—¡Una desgracia! ¡Una terrible desgracia! —declaró echando su cuerpo sobre el sillón —. El señor Allen, le pidió matrimonio a la señorita Brown...

—Lo sabíamos. Hacía tiempo que la estaba cortejando. Nos alegramos por ella —comentó su hermana.

—¿Lo sabían y no hicieron nada por evitarlo? ¡Eres un tacaño, Duncan! Debe estar desesperada y por eso tomó la decisión de casarse con un hombre que tiene estiércol en las botas. Te exijo que le aumentes su salario para que no se vaya. Solo una necesidad terrible la podría hacer cambiar tantos años de soltería. Yo soy rica,

no tengo que preocuparme por eso, pero hay mujeres que deben hacerlo por esta clase de acontecimientos.

Duncan bajó su libro y miró a su cuñada solo por haberlo acusado de tacaño.

—La señorita Brown se casa con ese hombre que tiene estiércol en las botas porque lo quiere. Le ha ofrecido una familia y amor. Eso no se compara con el dinero. Además ¿Por qué lo discriminas? Te recuerdo...

—¡Qué fuiste un domador de caballos! Me sé mejor esa historia que los números. Aunque, Agatha dice que aún lo sigues siendo.

—No le hagas caso, querido. Cuando me enojo digo cosas muy tontas —enmendó Agatha, observando con reproche a Ava.

—Entonces, no podré salvarla de un horrible destino... — auguró con verdadera tristeza.

—No puedes salvar a quien no desea ser salvado. Junta dinero y hazle un buen regalo, es lo mejor que puedes hacer... — aconsejó Duncan, volviendo a levantar su libro para ignorar a Ava.

Capítulo 7

Ava salió desganada del despacho de su cuñado. Regresó al salón donde estaba Frances y se sentó junto a él, amagando deshacer su cuerpo en el sillón.

—¿Sabes que la desconsiderada señorita Brown se va a casar? —preguntó a su poco interesado oyente.

—¿Se lo pidió ya el señor Allen? —respondió con otra pregunta.

—¿Lo sabías?

—Eres la única que no lo sospechaba. Estás inmersa en tus propias cosas que no notaste que se enamoró hace mucho y que sale todas las noches para ir a cenar con la familia de él. Le agradan los hijos del señor Allen —contó, abandonando la lupa para mirarla a ella—. Lady Sophia ha coleccionado demasiado, si le digo que tiene unas que ha repetido me golpeará...

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque no te interesaría saberlo...

—¡No es cierto! Le diré que lo piense muy bien. No es que el señor Allen sea una mala persona, pero perderá su libertad.

—Ni se te ocurra hacerlo. Ella ahora obtendrá su libertad. Está feliz por irse de esta casa. No significa que no los quiera, pero es en este momento en que la señorita Brown será verdaderamente libre. Libre para querer y ser querida. Ava, para algunos, la vida no es lo mismo que es para ti, quizás, para ella sea mejor un matrimonio. A ti no te queda otra opción más que aceptarla.

Ava sollozó con fuerza al verse invadida por un sentimiento de abandono.

Frances tomó su mano y la apretó, empático con los pensamientos y el sentir de su egoísta amiga.

—Sin la señorita Brown, nada será igual. No quiero que nada cambie. Deseo siempre estar rodeada por las personas que aprecio.

—La señorita Brown, quedará a unas millas de distancia, puedes visitarla, como lo haces conmigo. Tomarás el té y la molestarás con tus «sin razones» y tus delirios de libertad.

—Frances, no sé qué haría sin ti. Si tú me faltaras, podrías darme por muerta.

—¿Cómo te gustan las flores?

—¿Para qué flores?

—Para colocarlas en tu tumba con lo que te diré.

—¡No vas a ir a Londres, y menos en este momento en que te necesito mucho! Estoy muriendo por la traición de la señorita Brown y, tú solo pensando en andar detrás de una falda.

—Si a la falda de lady Beatrice te refieres, sí, voy por esa misma. Ella está en sus últimos momentos, Ava. No voy a dejar de ir.

—Tienes mi permiso, pero necesito cartas. Puedes contarme cualquier cosa. Conozco a toda esa gente con la que estuve cuatro años. Solo no quiero saber de tu amigo el soldado, ese lord Chastain.

—¿Qué tiene de malo?

—No recuerdas lo que dijo de mí. Deslucida, descolorida, y enferma. Oh, y lo peor, no fue eso, sino que te cuestionó tu amistad conmigo. Yo podría ponerme a cuestionar la tuya con él.

—Tú empezaste a ofenderlo.

—¡No es cierto! Ese soldado que era amigo de tu amigo, me dijo que por mi dote haría el sacrificio de casarse con un fantasma... ¡Odio a la gente del regimiento y en especial de esa guarnición! —expresó con resentimiento.

—La señora Ross puede estar orgullosa de que hayas tenido al menos una propuesta.

—Es un insulto y no una propuesta —alegó con los brazos cruzados.

—Olvídalo. ¿No quieres dar un paseo por el pueblo? Invita a Sebastian y salgamos en mi carruaje. Tal vez eso te anime.

—Voy a comprarle un regalo a la señorita Brown, aunque esté muy decepcionada.

—Entonces también debemos llevar a lady Sophia, no podemos ir sin la caravana.

—Todo Derbyshire nos conoce. Deben decir que eres galante como para pasear de mi brazo en las tiendas.

—Siempre estoy orgulloso de pasear contigo. Mi brazo te pertenece desde hace diez años...

Ava se sintió halagada por las palabras de Frances, que sabía cómo hacerla sentir mejor. Solo debía alimentar a su demonio del ego para tenerla sonriente.

Entre los cuatro fueron hacia el pueblo, conversaban de manera amena, salvo Sebastian, que estaba más interesado en sus caballos de madera. Cuando pasaron frente a la escuela de señoritas, lady Sophia pidió que pararan para mirar mejor todo aquel hermoso lugar.

En la entrada estaba la señora Ross con otras tres muchachas que por lo visto estaban en su primera temporada.

—¡Excelencia! —exclamó al ver a Frances, que le hizo una inclinación de cabeza—. No puede irse sin que le presente a estas damas.

Para Ava aquello era lo peor. No quería escuchar que le presentaran a nadie.

—Con gran placer la escucharé, señora Ross —declaró Frances, sintiendo las patadas de la bota de Ava por las suyas.

—¡Les dije que era un caballero! —comentó extasiada a las muchachas —. Ella es lady Stela, hija de barón Clifford. La que le sigue es la señorita Katherine Almost, y por último, la señorita Elizabeth Woodstock.

—Qué amabilidad de su parte, señora Ross de presentarme a tan agradables señoritas. La señorita Millford también está encantada de verla y conocerlas a ellas.

Ava asomó su rostro a la ventanilla del carruaje y le levantó su mano para saludar a su enemiga.

—En aquella, es lo que ustedes no se deben convertir. Fue un placer verlos. No los entretenemos más. Hasta pronto —se despidió la señora Ross, y las jóvenes hicieron sus graciosas reverencias para despedirlos.

Mientras iban en el carruaje, el silencio se apoderó de ellos porque Ava estaba molesta por la intromisión de la señora Ross en su tétrico día.

—Miré a la señorita Woodstock. Su cabello era tan negro y sus ojos tan grises. Oh, querido Frances, si no te casas con ella, tu abuela enloquecerá. Si yo fuera tú, la presentaría ante ella...

—Las acabo de conocer y para nada a fondo —justificó sonriente.

—No debería sugerirlo, lady Sophia.

—Te diré algo que al parecer ignoran ambos. Él es un duque, el último, y tiene que casarse. Es mejor que me haga caso y no termine involucrado con una mujer poco conveniente. Duncan fue un tonto...

—¿Por qué mi padre fue un tonto? —curioseó Sebastian.

—No lo entenderías, querido. Eres un encanto. Sigue jugando con tus caballitos —lo ánimo lady Sophia al darse cuenta de que no podía hablar mal de la familia de su madre frente a él.

Frances agachó la cabeza y luego la dirigió a la ventanilla. Sabía que su abuela lo quería ver para exigirle aquello, y suponía que no podía darle más largas al asunto. Estaba muy próximo en poner a prueba la amistad que lo unía con Ava.

Capítulo 8

Frances consintió las compras que hizo Ava en nombre de la señora Brown y del suyo. Le agradaba tener un vestido nuevo cada cierto tiempo.

—Cuando tengas el dinero de la dote, te la gastarás en vestidos... —auguró Frances, tomando su mano para ayudar a Ava al subir en el carruaje.

—Para eso estarás tú. Serás un solterón como yo. Esa palabra me tiene fascinada. A muchos les resulta desagradable, pero a mí me regocija.

—Por supuesto, es así como tú dices... —comentó caballeroso.

—Piensan que me siento ofendida, aunque está muy lejos de ser esa la verdad.

Cuando Ava se sentó junto a Frances dentro del carruaje, lady Sophia se había dormido esperándolos después de aburrirse en las compras. Sebastian también tuvo su recompensa, y había peleado el precio de una pequeña baratija. Nadie iba a estafarlo por ser un niño.

A la vuelta, debían pasar otra vez por enfrente a la escuela de señoritas de la señora Ross, eso hizo que Frances recordara a las tres muchachas.

—No sé cuál de las tres damas que me presentó la señora Ross era más bonita. Hay muchachas realmente finas de Derbyshire, no hay nada que envidiar a Londres...

—La bonita era la serpiente que se escurría entre las tres. Frances, eres molesto cuando comienzas a hablar... —se quejó Ava, cruzando los brazos bajo el pecho.

—Cuando no se trata de tu interés sí te parece molesto, pero si fuera el tuyo, estarías demente porque te escuche.

—¿Me estás llamando egoísta?

—Sí. Eres la más egoísta que conocí en mi vida.

—¡Por supuesto, soy la única persona a la que conoces! — exclamó quejosa —. No sabía que fueras rencoroso. Te hablaría de caballeros, pero no conozco a ninguno que pueda llevar ese mote.

—¿Y yo?

—Tú siempre queriendo ser importante, Frances. ¡Oh, cierto, pero si eres un duque! —se mofó con malicia.

Frances solo le sonrió a Ava. Cuando se ponía reacia era muy difícil hacerla cambiar de parecer.

Cuando llegaron a la finca, ellos bajaron y entraron a la casa. Ava subió sus compras a la habitación y se las enseñó a la señorita Brown. También quería darle un presente por su futuro mal matrimonio, al menos era lo que ella pensaba.

—Son muy hermosos los vestidos que le compró el duque. Es tan generoso... —comentó acariciando las prendas de Ava.

—Es un derrochador, pero es gratificante que use su dinero en su fiel amiga —comentó, extendiendo la falda sobre la cama.

—La duquesa será una mujer muy afortunada con un hombre tan caballeroso y amable.

—¿Piensas que se casará? Él no lo haría.

—Lo hará tarde o temprano. Es mejor que aproveche ahora que puede conseguir bellos vestidos, pues a ninguna esposa le agrada que su esposo regale tan hermosa presente a otra dama.

—Dice tonterías, señorita Brown. Él no se va a casar. Me lo ha dicho. Permanecerá soltero y viviremos siempre en Derbyshire... — replicó nerviosa, caminando hacia su guardarropa y luego volviendo a la cama.

—No soy nadie para decirle lo que ocurrirá. El tiempo me dará la razón.

—No hay manera de que yo acepte eso. Frances no tiene la menor intención ni atracción que le haga ir hacia el matrimonio. No importa cuánto alguna dama intente mover sus pestañas hacia él, es inmune a las mujeres.

—Puede que solo sea inmune a usted...

Ava se escandalizó por lo que le dijo Elisa Brown. Se sintió insultada y en última instancia, entendió lo que quiso decirle. Para olvidar el pequeño incidente, le entregó el presente que había comprado y se quedó con ella para que se probara el vestido.

Frances, mientras tanto, estaba en el salón junto a Duncan, que tenía un par de apuestas sobre la mesa.

—Aposté bastante a un caballo para Ascot. Puedo asegurar que ganará la carrera. Este año, será como los anteriores, muy próspero y de mucha suerte —conjeturó, quitando a Felicity de su camino para no golpearla al sentarse.

—Yo no sé si iré. Tengo cosas que hacer en Londres en esta temporada... —pronunció haciendo un mohín disgustado.

—¿Se lo has dicho a Ava?

—Creo que lo supondrá cuando tarde en volver. La llevé a comprar varias cosas, con eso se mantendrá contenta al menos por unos días.

Duncan suspiró y miró a Frances con resignación.

—¿Sabes que vas a que te casen? —mencionó.

—Me lo sugerirá mi abuela, lo puedo suponer, pero no estoy seguro. Me aburrí de Londres, no sé si seré capaz de buscar una dama para el matrimonio.

—Ese paso asusta mucho. Lo bueno, es que no te casarás con una Millford. No digo que sean malas, sin embargo, son...

—Especiales...

—No, son mañosas.

—¿Quién es mañosa? —inquirió Ava, al interrumpirlos.

—Felicity... —respondió Frances.

—Sí. Es cierto. ¿Sabes, milord que su excelencia me ha dicho egoísta esta tarde? —provocó Ava con una sonrisa burlesca en el rostro.

—No me imagino la razón —replicó sarcástico, mientras se servía una copa de brandi.

—¿Sigues pendiente de eso, Ava? Yo ya lo he olvidado —dijo Frances, enfurruñado.

—¿Oh, su excelencia ha olvidado que alimentó su vista? —inquirió punzante.

—Sí, de vez en cuando hay personas interesantes en Derbyshire. La señora Ross siempre está rodeada de gente de mucho interés.

—¿Cuándo partes a Londres? —interrumpió Duncan para evitar que aquello terminara en una escena poco propicia para la cena.

El duque, miró a Ava que, con el levantamiento de su ceja casi transparente, le exigió que respondiese. Frances desvió su mirada porque sabía que eso que diría molestaría a Ava horrendamente.

—Mañana...

—¿Mañana? —interpeló, abandonando la burla que destilaba.

—Sí, es por...

—¡Lo sabías desde hace mucho tiempo, Frances Charles Percy! Llevarme al pueblo, llenarme de telas, era para que pasara por alto que te irás a Londres repentinamente ¡Oh, Frances, estoy muy decepcionada de ti! —expresó con molestia—. ¡No me despediré de ti porque no mereces mis buenos deseos!

Él abrió los ojos con sorpresa y observó que se fue apresurada hacia la cocina.

—Es la tercera vez en un día que tiene mal carácter ¿Qué le están haciendo? —interrogó Frances.

—Te lo dije, esa es una alimaña mañosa y egoísta. Déjala, se le pasará mañana y estará arrepentida de lo que te dijo hoy e irá a despedirte. Lo ha hecho demasiadas veces como para que no sepamos que se enoja porque la dejas sola...

Capítulo 9

Ava no mencionó una sola frase durante la cena. Estaba enfadada con Frances. Mientras lo oía hablar con tranquilidad, más, le molestaba su indiferencia ante su enojo.

Quería entrar a su sopa como una mosca y nadar en ella para que la notara, no obstante, eso no ocurrió. Se retiró sin despedirse de él como lo hacía antes. Aquella ceremonia que los precedía, no estuvo presente en aquella noche. Lo vio irse en su carruaje una hora después de que la cena acabara. Podía asegurar que se había quedado todo ese tiempo solo para que no soportara estar aislada.

Al día siguiente, ella fue antes del mediodía hasta la casa de Frances, pero él había partido muy temprano en la mañana. Se sintió desolada al no haber hecho lo que era convencional con él.

Antes de irse, Frances miró por el bello paisaje de su propiedad por si Ava cambió de opinión para despedirlo, aunque no fue así. De cierta forma, pensó que eso sería lo mejor, si mantenía distancia con Ava, sus probabilidades de casarse eran mayores si su abuela se lo pedía.

Decidió que engañaría a su mente de las preocupaciones con un libro de poesía. Eso hizo durante todo el camino hasta llegar a su residencia en Londres donde al arribar encontró un carruaje que le pareció conocido y la idea de soportar los berrinches de Ava se le estaba haciendo muy atractiva.

Al pasar la puerta, vio a su hermano, el bastardo de nombre Edward Romell. No era un hombre pobre, más sí le parecía muy ambicioso. Desde que descubrió su parentesco con la familia, decidió acercarse a su vulnerable abuela y estrechar relaciones.

—Señor Romell, buenas tardes —saludó al verlo tomar el té con su abuela en el salón—. Abuela, la hacía muy enferma en la cama.

—Solo me levanté para no ser descortés con Edward. Lo invité a la casa para que pasara tiempo conmigo, pues tú siempre has preferido ir al campo...

—Excelencia, es bueno verlo tan saludable y animado — saludó Edward.

—He venido porque me ha pedido que lo hiciera, no es un sacrificio para mí venir cuántas veces me lo diga —aseguró tomando la mano de su abuela para besarla.

—Tan dulce eres, Frances. Esta vez no escaparás de mí. Es hora de que busques una esposa. Hermosa, inteligente, honesta y de buena familia, y también, quiero que dejes de ver a la señorita Millford. No es una buena influencia para ti, siempre te lo he dicho y no entiendes.

—A Ava no le va a agradar escuchar eso... —declaró nervioso.

—No me importa esa muchacha. No se ha fijado en ti durante todos estos años. ¿Qué más estás esperando? Eres un solterón corriendo detrás de una dama a la que poco o nada le interesas como esposo. Le das una atención inmerecida —disertó su abuela con tranquilidad, llevando su taza de té a la boca.

—No podría abandonar a Ava, la aprecio con devoción. Es imposible que la aparte de mí. Siempre la adoraré aunque ella no posea los mismos sentimientos —confesó Frances, rechazando el té que le ofreció su hermano, con un gesto de la mano.

—Pamplinas. Lo importante es que des herederos al título. En caso de que no quieras hacerlo, puedes cederle el lugar a Edward a quien se lo pediré como último recurso.

—No deseo el lugar de su excelencia, sino estrechar relaciones de familia. Tengo dinero, una posición y esposa. Conocer a sangre de mi sangre es lo que me interesa, milady.

—Hoy se han puesto los dos a decir tonterías. Espero que Winston tenga mejor conservación que ustedes. Vendrá esta noche

con su esposa y otras invitadas. De Londres te irás con una buena cantidad de candidatas a duquesa —sentenció lady Beatrice.

La cena a la que se quedaron Frances y Edward era animada. Para la buena fortuna del joven duque, encontró a las damas que acompañaban a la señora Ross. Sospechaba que su abuela tenía que ver con la aparición de esas damas en Derbyshire.

—Es agradable verlo en Londres, excelencia. Su abuela es una mujer encantadora. El señor Romell es mi cuñado —comentó la señorita Woodstock.

—Le devuelvo la cortesía diciéndole que me resulta agradable su presencia y la de sus amigas. Debieron ir a la escuela de la señora Ross. Ava también ha ido a ese lugar...

—Sí, la llaman la alimaña Millford. La señora Ross no ha escatimado en calificativos para referirse a la señorita. Debe tener algún motivo para su comportamiento extraño, tal como lo tuvo mi hermana con el señor Romell.

—¿Le agrada el señor Romell? —inquirió Frances, pues él no podía fiarse. Le parecía un hombre aprovechado y embustero, aunque podía también deberse a los prejuicios que Ava le transmitía.

—Es encantador y paciente. Adora a mi hermana y esperan pronto a su primer hijo. Estoy muy emocionada de ser tía. Tendrán hermosos hijos.

—Los tiene en muy alta estima.

—¿Cómo no hacerlo? A mí no me da vergüenza admitir que nosotras éramos huérfanas, mantenidas como empleadas. Mi hermana ha sufrido mucho por mí. Nuestros familiares no han sido amables y el único que nos dio lo que tenemos es el señor Romell.

Frances se sentía regocijado en que alguien tuviera tan buena fortuna. Quizás percibió de manera extraña a su hermano. No podía ver ningún tipo de mala intención en la señorita Elizabeth

Woodstock, solo advertía agradecimiento y un profundo afecto por su familia.

Convivió con las tres damas, sin embargo, la que más le agradaba era la señorita Elizabeth. Con su conversación amena y su gran sentido del humor, le hizo pasar una velada agradable.

Estaba seguro de que a Ava no le agradaría. Llevaba todos aquellos años con sentimientos encontrados. Quería quedarse soltero para estar con ella. Desde *High Cottage* no habían logrado separarse. Su amistad se convirtió en lo más importante, sin mencionar, que era a la única mujer que conocía y a la que no había siquiera robado un beso y, probablemente, moriría sin haberlo hecho.

Sus cavilaciones iban a la razón de los pensamientos de su abuela. Sabía que necesitaba casarse y, no importaba que la anciana lo intimidara con decirle que Edward podría ser el próximo duque si no daba herederos.

Aquella mujer se llenaba la boca hablando de las cualidades de Edward y de sus defectos como el heredero por derecho, y además, con mala compañía. No se detuvo a pensar que perdió a sus padres a corta edad y que quedó a la deriva solo con el título y mucho dinero. Su abuela en la desesperación buscó a aquel que hiciera el papel de mentor. Con los años, apareció el duque de Sutherland, quien lo convirtió en un hombre responsable, aunque, muy limitado por su propio pasar. No quería que tuviera una vida libertina y desordenada. Lo consiguió, pero a costa de su juventud. Ava fue su escape a algo esperado, una libertad de decir y hacer que nunca poseyó.

Capítulo 10

Un mes después...

Querido Frances.

Un mes hace de tu partida y tus cartas son escasas, cortas y sin la gracia que te caracterizan. ¿Qué tienes tanto que hacer en Londres? No me obligues a ir en tu búsqueda. ¿Será que aún no me perdonas que no te haya despedido? Te juro que me he arrepentido demasiado.

Camino sola por las praderas. El paisaje se me ha hecho aburrido y soso. No estás tú y la señorita “desconsiderada” Brown, no es capaz de acompañarme. Está de día y de noche pegada a las botas de su prometido. Sebastian es un pequeño maleducado que debería estar en la prisión Newgate y Felicity simplemente me ignora.

¿Acaso hay alguien que pueda tolerarme? Ese debes ser tú. Siento mucho las cosas que te dije el último día en que nos vimos. No dejo de extrañar nuestras conversaciones y también tus reclamos. Quizás algún día cambie, pero no será pronto, no tengas fe en eso.

Te ruego, encarecidamente, que dejes lo que estás haciendo en Londres por venir aquí junto a mí. Te prometo divertirme como nunca antes lo había hecho.

Te espero ansiosa.

Ava.

Terminó su carta y antes de dejarla en la bandeja para las encomiendas de la semana, vio a través de la ventana la esbelta figura de su amigo de cabello castaño y ojos verdes, a su parecer.

Corrió con el papel en la mano para encontrarlo antes de que llegara a la casa.

—¡Frances! —exclamó, apresurada.

Cuando él la vio sonrió un poco nervioso. No sabía cómo le diría lo que debía salir de sus labios aquella mañana.

Cuando llegó frente a Frances, notó que él no estaba con el mismo entusiasmo de siempre.

—Te escribí una carta... —contó ella, enseñándole su papel —. ¿Qué le ocurrió a tu prosa?

—Buen día, Ava. Es un placer verte en esta mañana. ¿No has mejorado en nada tu saludo? —replicó con una inclinación de su figura hacia ella.

—No. Hay cosas que no deseo que cambien jamás.

—¿Quieres caminar conmigo por la propiedad? El día está agradable para hacerlo.

—¡Por supuesto! He estado mortalmente aburrida, pegada como un mosquito por la ventana de la habitación. Siempre me salvas, Frances —dijo tomando el brazo para caminar junto a él.

Fueron en una caminata cansina, observando las plantas y pequeños pájaros que volaban sin preocupaciones sobre ellos.

—Eres cómo uno de esos emplumados, Ava, vuelas en libertad, sin obligaciones ni exigencias.

—Es porque elegí ser libre. Las cuatro paredes de nuestra casa en Londres me tenían prisionera. Era una jaula gigante donde el límite era el jardín. Subir al baúl de Agatha fue lo mejor que he hecho en mi vida, valió la pena cada minuto doloroso en los hoyos del camino. Tú me mostraste la libertad...

—No es cierto, tú me la enseñaste —defendió mirando al cielo.

—Observa todo a tu alrededor, Frances. Esto es lo que nos espera si somos libres siempre. No rendiremos cuentas, ni tendremos temor a nada.

—¿No piensas en casarte alguna vez? —inquirió, fingiendo desinterés.

—No.

—Pero si tú no eras de esa manera. Antes pensabas de otra forma.

—Fui influenciada por la desesperación de mi familia. Tenía que robar para casar a Agatha y que nos salvara de la miseria, pero vi que ella no era feliz buscando esposo. Es feliz ahora, no obstante, mírala... Está detrás de Duncan, de sus hijos y de su casa, no es libre.

—¿No crees que sea libre a su manera?

Ava alzó los hombros, dudosa en su respuesta.

—Quizás...

Francés se quedó callado y continuó caminando con ella sin poder decir lo que había ido a comunicar.

—Te has ido un mes y solo hablas disperso. —reclamó—. Sé que aún estás muy enojado conmigo, pero no deberías exagerar porque...

—Tengo que casarme, Ava... —interrumpió Frances.

Ambos dejaron de caminar y Ava lo observó como si de un demente se tratara.

—No digas esas cosas. Frances Percy, no debes ser vengativo conmigo. Prometo...

—Es en verdad, Ava. ¿No te has puesto a pensar que soy un duque y que debo tener descendencia?

—¡Es ridículo! ¿Quién te metió esa maraña en la cabeza?

—No todos podemos tener lo que tú posees. Nunca seré libre de mis obligaciones. Nací con una y moriré así...

—¡Me prometiste que serías siempre soltero!

—No seas egoísta, Ava.

—¡Egoísta eres tú, que piensas en dejarme sola! ¡Eres tan terrible y desconsiderado, peor que la señorita Brown! —reclamó, presa de la furia.

—Siempre seremos amigos, no temas a perder mi amistad. Hemos estado juntos por años y lo seguiremos estando.

—¡No quiero a una intrusa aquí! —masculló alejándose de él —. ¿Quién será ella para participar en nuestras conversaciones? Piensa bien, Frances, te unirás a una desconocida que es evidente que te prohibirá verme. ¿Quieres ser el cochero o el carruaje de tu vida? ¡Maldita la influencia del señor Ross!

—No siento que voy a ser infeliz y creo que puedes ser agradable con las damas que serán mis candidatas. ¿No te gustan los té con muchas damas?

—¡No!

—Piensa en que solo se sumará una nueva amiga. Es bueno tener muchas personas...

—¡Suficiente de tus tonterías, Frances! Me iré y tú pensarás con frialdad lo que harás. No quiero que te cases, me lo prometiste.

—Hay promesas que no se pueden cumplir...

—No es cierto, hay promesas que no se quieren cumplir. Es muy distinto el querer y el hacer... Adiós, Frances.

Ella caminó a paso fuerte. Miró hacia atrás y lo observó inmóvil. Ni siquiera amagó seguirla. Cuando se alejó, sollozó y antes de llegar a la casa, se quebró por completo.

La señorita Brown advirtió que Ava estaba desconsolada, en un llanto extraño. Subió detrás de ella las escaleras y escuchó la puerta de su habitación cerrarse con violencia.

Al entrar, miro a la figura de vestido floreado, lamentándose por una razón desconocida.

—¿Se encuentra bien, señorita Millford? —preguntó Elisa, acariciando el brazo de Ava.

—No. Ha acabado mi felicidad y mi mundo. Mis expectativas para la vida son tan miserables... —lamentó sin levantar la cabeza de la almohada.

—¿Por qué dice esas cosas? Tiene su tan preciada libertad...

—¿Pero qué es mi libertad sin Frances? Me dijo que iba a casarse. Con gran descaro, además, pronunció que sería bueno que me hiciera amiga de sus candidatas.

—¿No le parece que es generoso? ¿Qué futuro hombre casado desearía que su prospecto a esposa conociera a su tan apreciada amiga?

—Puede meterse su amabilidad por donde más le agrade. No iré a fingir que me agrandan cuando quiero que les dé peste y mueran para dejarlo en paz. ¿En qué está pensando Frances? ¡Es tan frívolo para conseguirse un adorno! —estalló abrazando su almohada con más fuerza.

La señorita Brown se sentó a su lado para acariciarla, cuando terminara de maldecir podría procurar convencerla de que aceptara tan graciosa oferta del duque.

Capítulo 11

Le faltaba tanto consuelo, que no dejó de lamentarse hasta el día siguiente. Duncan y Agatha tuvieron que ir a ver qué le ocurría. Les costaba dormir con sus incesantes sollozos.

—Ava, la señorita Brown nos contó sobre lo que te ha dicho Frances. Deberías aceptarlo como todos nosotros, nos alegra que haya tomado esa decisión —mencionó Agatha, sentándose al lado de ella que le daba la espalda.

Ava tenía los ojos y la nariz de color rojo. Se había secado tanto el rostro con el pañuelo, que podía decir que tuvo raspones.

—¿Alegrarme? Francés Percy duque de Northumberland es la peor escoria que vio nacer Inglaterra. Faltar a su promesa y su palabra para conmigo es algo horrible. Habíamos hecho una vida.

—Ahora podemos traer al gato, Agatha, Ava se quedará sola. No te preocupes, aún tienes tu dinero y tu propiedad, Ava. Era lo que querías y por lo que luchaste durante tantos años haciéndonos gastar una fortuna en una educación que ha servido para absolutamente nada —reclamó Duncan.

—No me arrepiento de ser solterona, si lo que buscas es hacerme recapacitar. No les pedí dinero para que me enviaran a perder mi valioso tiempo ocioso para aprender a ser una perezosa con clase —se quejó sin moverse de su sitio.

—Ava, debes aceptar las decisiones de Frances. Su amistad no acabará, solo que no podrá pasear contigo como lo hacía. A ninguna esposa le agrada ver a su esposo paseando con otra dama por las praderas que antes compartían tan íntimamente. Resígnate a que pronto será un hombre casado y que deberás ser amable, tanto con él, como con su esposa —pronunció su hermana.

Se tapó con las sábanas hasta la cabeza para evitar seguir escuchándolos. Nadie la haría cambiar de opinión. Tenía que impedir que Frances se casara. Persuadirlo debería ser fácil.

Siempre lo había influenciado y en esa ocasión no debería ser la excepción.

Al día siguiente, salió de su habitación para solo ir a mirar los animales en las caballerizas. Ni siquiera podía salir a montar porque no le gustaba hacerlo sola.

Advirtió sobre la suciedad en las caballerizas y como antes era castigada con la limpieza del sitio, prefirió hacerlo por su cuenta. No tenía mucho que hacer y quizás un oficio le ayudara a dejar de pensar en cómo cambiar los pensamientos de Frances.

Al ver tanto estiércol junto, imaginaba el rostro de muchas damas con aquellos restos impregnándose en su coquetos y frívolos modales.

Frances fue hasta la finca, preocupado por los nervios de Ava. Era muy intensa cuando lo deseaba, y debía estar torturando a la familia con sus quejas y dejarlo como si se tratara de la peor persona en el mundo.

—Grave... —mencionó Duncan con la mano en el mentón, mientras miraba desde la lejanía la figura de su cuñada limpiando las caballerizas —. Grave, muy grave...

—¿No la castigaste con la limpieza? —increpó Agatha al mirar junto a su esposo por la ventana.

—No pondría a mis caballos en aquel riesgo. ¿No recuerdas la razón por la que fue enviada a la escuela de señoritas?

—Lo comprendo...

Frances abrió la puerta y vio a Agatha y Duncan pegados al cristal de la ventana, mirando en hacía los establos.

—La señorita Brown me dijo que estaban aquí. ¿Qué ocurre? —indagó el duque.

—Ava está limpiando las caballerizas... —contestó Agatha.

—Mejor dicho, está poniendo en riesgo a toda la población del condado... —corrigió Duncan.

—¿La han castigado?

—Está muy grande para ser castigada y, además, en la mayoría de los casos los castigados somos nosotros. Frances, dile que salga de ahí —mandó Duncan.

Frances llevó sus hombros hacia atrás, aceptando la difícil encomienda de acercarse a Ava.

Era simpático observar a la elegante muchacha paleando estiércol, pero ella no parecía ofendida por estar haciéndolo.

—Ya no tienes quince años, Ava... —dijo para llamar la atención de ella.

—¡Frances! —exclamó con una sonrisa en el rostro—. Es un oficio interesante, mantiene mi mente ocupada.

—¿No podría ser un libro una mejor opción?

—Las mejores ideas, salen de los lugares inesperados.

—¿De las caballerizas?

—Sí.

—Vine para conversar contigo —confesó colocando sus manos detrás de la espalda, de manera muy nerviosa.

—Sabía que ibas a recapacitar. Supongo que vienes a pedir perdón...

—¿Perdón por qué?

—Por haberme querido asustar por esa patraña del matrimonio. Eres un incordio y vengativo. Prometo despedirte siempre, pero no juegues así con mis sentimientos —expresó, confiada en que Frances había ido con ese objetivo.

—Siento decirte que no he cambiado de opinión. De hecho, vine a invitarte para ir a un paseo con lady Stela Clifford. En Londres, tuve oportunidad de compartir algunos eventos a su lado y me pareció muy agradable, tanto, que la he considerado una candidata.

—Vete de aquí, Frances, o hundiré tu rostro en el agua de los caballos. Qué descaró...

—Saldremos de mi casa por la tarde, por si cambias de opinión. Quiero que te conozcan, Ava, para que sepan que eres maravillosa —habló retrocediendo unos pasos para que no le arrojara la pala.

—Adiós, excelencia, que tenga un excelente paseo con lady Clifford.

—Gracias, estoy seguro de que será muy divertido.

Ava quiso recoger su quijada del suelo por lo que le dijo de Frances a modo de tentativa a sus buenos modales, que últimamente se veían afectados por sus acciones.

Al terminar con su misión en las caballerizas, volvió a la casa oliendo a estiércol de caballo. La señorita Brown se tapó la nariz con su pañuelo.

—¡Qué ofensa, señorita Brown! ¡Huelo mejor que su prometido! —alegó agraviada por el gesto de la mujer.

—¿De esa forma piensa acompañar a su excelencia?

—¿Quién dice que lo voy a acompañar? Esa mujer lo aburrirá de manera insufrible, déjalo que disfrute de su paseo.

—¿Y si no lo aburre?

—¿Dónde quedó su buena actitud? Estoy confiada en que es tan hueca, urraca y parlanchina como lo que hay en Londres.

—Pero a su excelencia le gustan las damas así, de lo contrario, no sería amigo suyo.

—¡Señorita Brown! —exclamó presa de la vergüenza.

—Le aconsejo que tome un baño y vaya a presentarse frente a su excelencia y a la visita. ¿Permitirá que una extraña lo pasee del brazo? —inquirió con los ojos achicados.

Ava pareció imaginar a Frances sonriente, dándole vueltas a la rubia señorita Clifford en las praderas de su propiedad. Pensó que se sofocaría imaginando más, por lo que negó con la cabeza.

—¡Está bien! En esta ocasión me ha convencido de presentarme, pero solo para convencer a Frances de que es una elección poco conveniente.

—Lo que quiera, pero vaya a prepararse, o su excelencia se irá sin usted —anunció la belicosa señorita Brown.

Observó que Ava apresuró el paso para subir y rio con soltura, tomándose del estómago. Solo aquella muchacha no podía darse cuenta de que ella y Frances estaban destinados a permanecer juntos. Antes de irse de esa finca, debía abrir los ojos de Ava Millford y cambiar la imagen que tenía sobre su amistad con el duque.

Capítulo 12

Ava llegó hasta la residencia de Frances, la observó e infló el pecho antes de entrar. No dejaría que ninguna aparecida le robara las atenciones del duque.

—Buenas tardes, Frances —saludó, haciendo que se sorprendiera al verla.

—Sabía que no todo estaba podrido en ti, Ava —musitó, sentado desde su sillón.

Ella agitó su ridículo y caminó rodeando el sillón donde estaba acomodado.

—¿A qué te refieres?

—A que tuviste la predisposición de conocer a lady Stela.

—No, su excelencia, estás equivocado. He venido a persuadirte. Tú y yo, en una agradable tarde de pesca en la propiedad de mi cuñado. Esos peces han llenado el estanque porque andan como si estuvieran en casa. ¿No prefieres eso a irte con una mujer hueca e insufrible con sus modales?

—No puedo creer que estés diciéndome esto. No voy a dejar plantada a una dama.

—¿Pero puedes dejarme abandonada a mi suerte en esta vida cruel y despiadada? —increpó recostada desde el espaldero del sillón.

—¿Esto es coacción?

—Sí y, no estoy avergonzada de ponerte entre la espada y la pared. Eres tan mentiroso que me cuesta mucho estar aquí parada. Lo habíamos planeado todo...

—Ava, no iremos a ese asunto otra vez. Deberías darte cuenta de que tu modo de vida y tus deseos presenten serán insostenibles en el tiempo.

—¿No intentarás siquiera convencerme de que me acompañarás por complacerme?

—Sabes que estoy al borde de un precipicio por tu propuesta, pero mis obligaciones me aquejan y no puedo ir de pesca de peces cuando debo hacerlo con mujeres. Necesito una esposa...

—Escúchame, no necesitas eso.

—Yo lo sé, pero lo que yo necesito, es independiente a lo que el título que poseo requiere. Para ti es fácil hacer conjeturas y echarme al hoyo para morir, juzgándome e insultando mi inteligencia. Te adoro, Ava, no necesitas chantajearme para hacer algo contigo, solo que en esta ocasión no puedo acceder.

—¡Está bien! —exclamó y abrió ambas manos hacia el frente para indicar su rendición —. No hay peor lucha, que esa que no se hace. He cumplido con intentar salvarte. Iré al cielo. Ahora, me iré antes de que venga tu visita...

Frances rodó los ojos y agarró su muñeca antes de que se fuera.

—Eres despreciable, Ava...

—Lo sé ¿No te agrada?

—Siempre me resultó encantador —confesó sin dejar de mirar el rostro de Ava.

Cuántas veces había observado ese semblante con la misma ansiedad y no era capaz de darse cuenta de sus sentimientos por ella. A él, le resultaba maravillosa su belleza y sus inadecuadas formas de actuar. Temía que llegara el día en que debía separarse de Ava.

—Vámonos entonces —proclamó tomándolo de ambas manos para que él saltara sobre su sillón y la siguiera.

Ella pensó que había conseguido su objetivo de hacerlo abandonar a su candidata a esposa, sin embargo, al salir ambos por la puerta lady Stela estaba bajando de su carruaje.

Frances soltó de inmediato la mano de Ava y se acercó a la muchacha para ayudarla a tocar el suelo.

—Excelencia, lo poco que he podido ver de sus tierras es hermoso... —alabó lady Stela.

Ava hizo un mohín de fastidio al oírla. Estaba dolida por el abandono de Frances para atender a la extraña.

—Podemos salir a montar. La señorita Millford nos acompañará porque es una gran conocedora de la propiedad. Es mi vecina.

—Qué felicidad poder ser la vecina de su excelencia ¿no es así, señorita Millford?

—Por supuesto —respondió forzada por la situación.

Pensaba en la mejor forma de cocinar a Frances con la mirada. Tenía que salvarlo de su propia ignorancia al pensar que necesitaba una esposa. Él no requería de eso, lo único que debía interesarle era cumplir con su palabra de permanecer juntos siempre. No tendría inconvenientes en dejarlo mal parado frente a cualquier dama. Lo conocía mejor que él mismo.

—Me encantaría conocer a sus caballos. Me dijeron que tiene una estrecha relación con un criador de caballos. Mi padre no puede conseguir uno bueno —se quejó la muchacha en tono amable.

Él la tomó de un brazo y se colocó frente a Ava con la dama.

—Vamos, señorita Millford —pidió antes de emprender el paseo hacia las caballerizas.

Los dejó adelantarse un poco y profirió muchas maldiciones en cuestión de minutos.

—¡Señorita Millford! ¡Señorita Millford! —volvió a expresar con molestia. No comprendía cómo pudo no llamarla Ava como constantemente lo hacía. En definitiva, él conquistar a la muchacha estaba deshaciendo el vínculo de amistad que los unía desde hacía años —. Oh, Frances, tu melena irá a parar en la cubeta del agua de los animales.

Quería decirle aquellas palabras, pero estaba un poco rezagada, mientras, lady Stela se deshacía en demostrarse hueca con sus comentarios sobre el paisaje, los animales, la casa, el mismo duque. Él, no obstante, solo pretendía ser un buen anfitrión.

Ava se escurrió entre algunas plantas y llegó sin inconveniente a las caballerizas.

—Ya hice esto una vez y, por lo tanto, lo volveré a hacer. No pueden enviarme dos veces a la escuela de señoritas —refirió subiendo las trancas de los establos donde reposaban los animales.

Tomó una fusta y golpeó a cada animal para que se fuera. Liberó a más de diez caballos. Los mozos advirtieron a Ava haciendo aquel desmán y corrieron presurosos para tomar a los que podían antes de que se perdieran.

Ella volvió hacia donde estaban Frances y la hija del barón Clifford.

—¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha, confundida.

Frances tenía los ojos desorbitados al ver a sus caballos corriendo desaforados y a sus mozos detrás. Con rapidez se giró hacia Ava y, ella tenía ambas manos en la espalda y giraba lentamente su figura de un lado a otro. Tenía todo el porte de culpabilidad.

—¿Me disculpa, milady? —inquirió con premura.

—Po-por supuesto...

Él también se unió a quienes intentaban tomar a los caballos, mientras Ava se colocaba junto a lady Stela.

—Estos caballos son muy malos, igual que el dueño. ¿Cree que es capaz de cuidarlos? Pobre de la que será su esposa, es un verdadero inútil. Me toca todos los días traerle uno de los equinos.

—¿En verdad?

—Sí. Su excelencia es muy despistado para los caballos ¿Se pondría en riesgo junto a él montando uno? Yo nunca lo hago...

Lady Stela parecía impresionada y agobiada con lo que le estaba diciendo Ava, que no tenía ningún remordimiento al dejar a Frances sin una candidata. Aunque, aún le faltaba hundirlo más para que eso llegara a oídos de otras damas y no quisieran acercarse.

—Además... —dijo, tomando por completo la atención de Stela —, tiene más mujeres que caballos y muchos hijos bastardos. Ahí como lo ve, parece un ángel, pero es el demonio mismo...

La hija del barón colocó sus manos sobre su pecho, escandalizada por lo que le contaba. Nunca hubiera imaginado semejante escenario alrededor de un hombre que le había parecido más que perfecto.

Capítulo 13

Frances reapareció después de casi una hora. Estaba agitado, sucio y agotado por haber perseguido a sus caballos junto a su personal de los establos.

La muchacha esperó a Frances sentada en el gran salón y Ava la acompañaba, aunque fingía estar ocupada para no conversar con la visita.

—Disculpe la excesiva demora. Le ruego que me excuse por este descuido —habló el duque, sofocado por la culpa.

—No se preocupe. Lo estaba esperando para despedirme. Imagino que estará muy cansado, dejaremos el encuentro para otra ocasión... —musitó lady Stela con una reverencia.

Frances estaba confuso con respecto a la actitud cambiada de lady Stela. No era aquella muchacha animada y grácil que llegó a su residencia. La observó irse sin dilación, dejándolo atónito hasta que escuchó unos chiflados que escapaban de la muchacha pálida que estaba sentada con las manos tapando su boca.

—¿Tuviste algo que ver, Ava? —increpó con los brazos en jarras.

—¿Me creerías capaz de cruzar palabras con ella? Yo estoy segura de que no.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Un simple saludo... quizás, un poco más que un gracioso saludo —rio nerviosa.

Él negó con la cabeza y se sentó en donde estuvo acomodada lady Stela Clifford.

—¿Espantaste a mi candidata?

—¡Por supuesto que no!

—Ava, te conozco.

—¡No soy capaz de semejante malicia! Aún estoy lamentando tu decisión, pero no puedo hacer nada. Lo único que este vergonzoso paraje puede decirte es que la educación no lo es todo. Se negó a conocerte, lo que significa que no le interesas. Mírame, vine para que vayamos a pescar porque me interesa verte feliz...

—Lo único que te importa es no quedarte sola.

—¡Qué patán para decir algo así! Suena a que me regocijo en el egoísmo.

—¿Y no es así?

Ella iba a responder, pero prefirió no hacerlo porque enfadaría a Frances.

—Aún sigue en pie la pesca...

—No quiero ir. Estoy sucio, cansado...

—Y abandonado por tan desconsiderada mujer. Yo no la llamaría dama. Tú que eres tan bien intencionado, considerándola para tu esposa y ella te abandona de esta forma. No merece siquiera una mención en tus memorias. Para que sepas que puedes contar conmigo, me quedaré a consolarte con mi presencia. Es un aliciente ¿No lo crees?

Frances suspiró y aceptó la compañía de Ava. Suponía que tenía todo que ver. No había perdido nada con la huida de lady Stela. Le parecía una muchacha demasiado animada para su tranquila, pacífica y taciturna forma de ser.

Se aseó y dispuso que sirvieran el té en el jardín para que pudiera beberlo en compañía de su amiga Ava.

—Me molesta escuchar que la señorita Brown se casará. Me dijo que iba a participar de un baile público en casa de la familia Malorie, porque su prometido la invitó. Yo no iría a ningún baile ni siquiera obligada. Es una tontería... —se quejó Ava sorbiendo su té

con elegancia. No todo estaba perdido con sus modales, algunas cosas las adoptó sin inconvenientes.

—Yo iré a ese baile. El señor Romell vendrá en esas fechas con su esposa y su cuñada, que coincidentemente es la señorita Woodstock y se hospedarán en mi casa.

Ava bajó su taza de té con un rostro de descontento. Pudo deshacerse de una, pero no de todas.

—¿Y cuándo pensabas decirme que irías?

—Es algo que nunca te ha interesado, ni siquiera bailas, Ava. Mencionarlo es perder el tiempo. Iré con la señorita Woodstock. Si la conocieras, tendrían muchas cosas en común. Sería una buena amiga para ti.

—¡No quiero ninguna amiga! —expresó con enojo—. Quiero que la señorita Brown sea siempre mi estimada compañía en casa de mi hermana y que tú, también seas mi amigo hasta la muerte.

—Es bueno hacer más amigos. Yo acepto al señor Romell. Será muy asiduo en la familia porque así lo decidió mi abuela. Tengo que confesar que está entusiasmada con que me case con la señorita Woodstock.

—Lady Beatrice ya está ciega y de seguro sorda. ¿Cómo puede querer a semejante alimaña? ¿No notaste que su cabello es...?

—Muy oscuro. Tiene un hermoso tono de azabache. Es rozagante por donde se la observe. Sabe tocar el piano y baila con mucho encanto —contó entusiasmado.

Se equivocó al usar todas sus ideas contra lady Stela para librarse de ella. El verdadero problema era la señorita Woodstock.

Odiaba sus bucles negros y vistosos, con coquetos lazos colgando de cada lado. No podía siquiera imaginarla cerca de Frances. Le preocupaba el exacerbado interés que anunciaba por la joven cuñada de su hermano bastardo.

No quería verse obligada a acudir a una velada para deshacerse de ella, pero su amistad con Frances valía el sacrificio de tolerar tonterías durante la noche.

—Está bien, por ti, conoceré a la solícita señorita Woodstock. Prometo no ser prejuiciosa.

—¿Estás siendo modesta?

—No. Estoy haciendo un terrible sacrificio de tratar con otras personas con el pleno objetivo de agradarte y que dejes de pensar que soy egoísta.

—No puedo creerte, esto es demencial, insólito.

—Mis obras hablarán por mí, Frances. Seré paciente como para construir un barco en una botella.

Frances acompañó a Ava para que regresara a su casa. En el camino, él la incitaba a dejar de pensar que muchas cosas no iban a cambiar, cuando en realidad, el cambio era inminente. La señorita Brown, se iría; Sebastian y Felicity, crecerían y, él también tenía que casarse.

—Estaba pensando en que necesito un vestido nuevo para asistir al baile.

—¿Te estás escuchando? Eres igual a las otras damas que quieren vestidos a cada bocanada de aire que dan.

—Son vicios de la escuela de señorita. ¿Quién no quiere un lindo vestido?

—Si mal no estoy, los buenos vestidos son para lucirlos frente a la sociedad, con la misión de pescar a un buen candidato y, no para deleitar a los patos, gansos, caballos y vacas de tu cuñado — se burló, riendo a carcajada suelta.

—No tengo la culpa de que esos animales tengan mí selecta compañía al igual que tú, que siempre ves mis vestidos nuevos —

comentó con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Siempre disfruto de ellos. Te quedan a la perfección y te hacen ver hermosa... —contó avergonzado, mientras colocaba sus manos detrás de la espalda y desviaba sus ojos de ella.

Ava observó que Frances estaba un poco colorado después de decir aquello. Ella no pudo evitar que algo parecido al calor se subiera a sus mejillas al escucharlo decir esas palabras.

Carraspeó su garganta y también miró a otro sitio.

—Te has puesto colorado, Frances. Debe ser este calor sofocante que nos ataca, porque también estoy comenzando a sentirlo...

Él asintió apurando el paso para dejar a Ava y no decir tonterías para que ella en algún momento se diera cuenta de que estaba esperando que lo notara de una forma distinta. Que lo apresuraran a un matrimonio solo despertó en él, el verdadero deseo de permanecer con Ava, sin resultado alguno, pues era reacia a comprender sus palabras.

Capítulo 14

Durante la noche, a la luz de las velas, intentaba hallar una solución para que Frances no se casara. Pensó en escribirle una soberbia carta para obligarlo a que desista de tan terrible idea de contraer matrimonio. Se levantó de la cama que compartía con la señorita Brown, que estaba leyendo un libro para acompañarla.

—¿Qué hará, señorita Millford? —indagó curiosa su acompañante.

—Haré con Frances lo que debí hacer con usted desde un principio, aunque, usted ya se encuentra perdida y sin posibilidades de ser salvada de una pésima decisión. Se hablará muy mal de la señorita Brown si abandona a su prometido a estas instancias. No dejaré que Frances cometa una tontería como la suya.

Elisa bufó y se levantó para observar lo que iba a escribir Ava.

—Señorita Millford. ¿No ha pensado que el duque se siente solo y desea una esposa?

—¿Sentirse solo? ¡Es imposible! No lo dejo respirar. Solo no está. Le aseguro, señorita Brown, que él lo hace por obligación. Es un tonto, uno de los mejores, por cierto.

—Su excelencia es muy amable y dócil, pero muy razonable. Dudo mucho de que alguien lo esté obligando. Según lo que me comentó de aquella señorita Woodstock, pienso firmemente que esa será la duquesa. Entiendo que le agrada a la amiga de lady Sophia.

—¿Qué tiene la tal señorita Woodstock? Un cabello reluciente y negro con unos listones coquetos y una piel tersa y brillante... ¡A quién le gustará eso!

—Tal vez al duque.

Ava iba a replicar, pero se quedó callada y meditabunda. Desistió de escribirle la carta a Frances. Tendría que encargarse ella misma del problema.

Muy avanzada la noche cayó en un profundo sueño que derivó en una pesadilla. Vio a su querido amigo Frances olvidarla en la pradera cerca de su propiedad para ir al encuentro de la señorita Woodstock. Advirtió que al juntarse, él le acarició su oscuro cabello y, parecía complacido con aquello. La tomó de la mano y se fueron sonrientes hacia la casa.

Se despertó, agitada, molesta y muy asustada del futuro. Estaba sudorosa por tan horrible pesadilla. Encendió una vela para buscar un pañuelo y secarse el rostro, ínterin en que se sentó frente a su espejo y se observó con tristeza.

Se sentía indigna por no tener color en el cabello y, que su piel fuera tan delicada y casi transparente. Podía notar sus venas en varios sitios. No era atractiva para nadie.

Ella había tenido ilusión de alguna vez casarse por intermedio de su hermana, sin embargo, escuchó a sus padres una noche, debatiendo sobre su futuro. Percibió en las palabras de sus progenitores que la querían, pero que no tenían esperanzas de que se casara porque no era bonita como Agatha. Desde ese momento, simplemente asimiló que nunca se casaría y se abocó a existir. No podía culpar a su hermana ni a su cuñado por cómo se había vuelto, por una vez en la vida, estaba en un lugar feliz y no quería perderlo. ¿Quién podía culparla? ¿Quién dejaría ir lo que le producía paz?

Se escondió detrás del disfraz de una solterona empedernida. Fingiendo no alegrarse de un matrimonio, cuando en realidad era algo bueno, aunque eso terminara alejando a sus seres queridos.

A Frances lo adoraba. No había nadie como él. Era inteligente, metódico, atractivo; por más que no quisiera aceptarlo, y, lo más importante de todo era que la apreciaba sinceramente. Llevaban diez años de una estrecha relación de amistad. Guardaba cada una de sus cartas y mensajes que le dejaba bajo las puertas. Aseguraba que nadie podía querer más a Frances, ni conocerlo mejor que ella, a eso se debía su falta de aceptación al capricho de él. Nadie sería capaz de hacerlo feliz como deseaba.

Quedó dando vueltas en la cama hasta que el sol estuvo arriba. Sus ojeras no eran muy notorias, aunque Sebastian ya había empezado con sus maldades tan temprano.

—Tía Ava, hoy tiene más color que de costumbre bajo los ojos —mencionó el niño.

—Y tú, rufián, tienes cara de que pronto un preceptor te educará para no ir a Newgate, que es a dónde van los niños como tú.

—¿Y las solteronas a dónde van? —curioseó Sebastian.

—¡A la celda de al lado!

—Suficiente, Sebastian. —exigió Duncan, sentado en la cabecera de la mesa.

—Tu tía Ava no está contenta esta mañana —anunció Agatha, observando el rostro de su hermana.

—¿Es porque se va a casar el duque? —inquirió curioso.

—Sebastian querido, Frances es incapaz de casarse —sentenció Ava, sirviéndose un poco de té.

—No es lo que escuché cuando conversaba con mi padre...

Sebastian recibió una reprimenda por parte de los ojos de su madre para que se callara. Ava se sirvió de mal ánimo el resto del desayuno.

—Hoy iré a comprar un vestido nuevo —comunicó Ava.

—¿Más vestidos? —preguntó Duncan, mientras bebía un zumo de frutas.

—No tengo suficientes.

—¿Y para qué quieres uno? Frances te compró varios en esos meses —recordó su hermana.

—Iré a un baile público con la futura señora Allen.

Duncan y Agatha, se observaron con una sonrisa. Podía ser aquella la señal que esperaban para que Ava buscara un prospecto. Solo una muchacha interesada en conquistar se compraría un vestido nuevo.

—Te daré mucho para que te compres los que desees, Ava. Trae todos lo que puedan gustarte... —mencionó su cuñado, haciendo que ella levantara su ceja de manera sospechosa.

Duncan no era de regalar dinero a manos llenas y, se temía que estaba pensando en cosas tontas.

—Derrochas generosidad, Duncan, pero no voy a buscar esposo, sino que iré con la señorita Brown.

—¿Como un mal tercio? —inquirió su hermana con burla.

—¡No!

—No importa, querida cuñada. No puedes decepcionarme más de lo que ya lo has hecho, toma el dinero y disfruta de la compra.

—Prometo gastarme cada guinea que me des. A los patos les encanta ver las cuentas de mis vestidos y también los listones. Saben apreciar lo bueno...

Invitó a la señorita Brown para que la acompañara en el carruaje. No quería ir sola. Comenzaba a temerle a la casi segura soledad.

Miró desde la ventanilla de carruaje a los patos que los seguirían por unos metros hasta que salieran de la finca. A aquellos, les gustaba morder el dobladillo de los vestidos de las damas. Lady Sophia solía golpearlos con su sombrilla.

La señorita Brown tenía en su dedo un humilde anillo con una pequeña piedra, pero aquella la lucía con orgullo.

Le contó que el señor Allen se lo dio unas noches atrás y que por respeto a ella no la usaba con frecuencia porque podía insultar a su tan adorada soltería.

—Señorita Brown, no debería hacerlo. Es un precioso anillo que me hubiese gustado apreciar antes. Al menos puede notarse que el señor Allen es un caballero detallista.

—Será su segundo matrimonio, le sobra experiencia.

—¿No le teme al matrimonio?

—No. Estamos destinadas a casarnos alguna vez, aunque...

—¿Aunque?

—Yo quería mucho a lady Emma, no quería casarme porque ella me necesitaba, o no lo sé, quizás yo era quien dependía de ella. Era mi mejor amiga.

—No se sienta mal por ella. Desde donde se encuentre, estará deseándole el bien... —dijo Ava, agarrando la mano de Elisa, con cariño, para darle su consuelo.

Cuando llegaron a los escaparates de la tienda, miraron lo que llegó en tendencia desde Londres. Ambas estaban encantadas con ver todo aquello.

—Me resultará encantador este vestido. Tengo que conquistar a un duque... —comentó una muchacha de cabellera rubia y ojos azules, que movía graciosamente sus bucles de un lado al otro, mientras le indicaba a la modista lo que deseaba.

—¿Y quién será el afortunado duque, señorita Almost?

—El más escurridizo de todos. El duque de Northumberland. Vive aislado aquí desde hace mucho. Escuché que irá a un baile público. No es lo que más me agrada, pero un duque como ese, vale el sacrificio. Es encantador. Es una lástima que aquí en Derbyshire también esté su perro guardián, la señorita Millford. Creo que no dejará que se case con nadie porque quiere acapararlo para

ella ¿No se da cuenta de que no es bonita y que no encaja con alguien del porte de su excelencia?

Ava estaba sin palabras. Achicó los ojos y apretó los puños con fuerza. Elisa Brown la tomó del codo para que no enloqueciera con aquel crudo y desafortunado comentario.

—Soy un perro que puede morderla, señorita, si intenta con esos modales conquistar a Frances... —interrumpió Ava, a las damas que charlaban y que no se percataron de su presencia.

Capítulo 15

La señorita Katherine Almost no sabía cómo esconder su vergüenza y, tampoco podía hacerlo la modista.

—Disculpe, señorita Millford, no estaba hablando de usted — mencionó sonrojada la muchacha.

—¿Cuántas señoritas Millford conoce usted? Sus excusas están sobrando. Le diré una cosa para que le quede muy presente. Tengo diez años de amistad con el duque. Somos vecinos desde hace demasiado, para que usted lo sepa. ¿Perro guardián? No es exactamente como me veo. Quizás sí sea una acaparadora. Sabiendo que hay gente mala ¿Cómo no intentar defender a alguien tan bueno como él?

—Señorita Millford, es mejor que nos pongamos a comprar los vestidos —pidió Elisa, apretando su agarre en el brazo de Ava.

—Los vestidos pueden esperar, señorita Brown, pero no puede esperar lo que tengo que decirle a esta arpía...

Elisa cerró la boca como una mano por lo que había dicho Ava. También de la misma forma quedó la modista.

—Es mejor que no ose en acercarse a Frances, porque le puedo asegurar que la dejaré en muy mala posición por sus comentarios. Tengo mucha influencia sobre él —advirtió con prepotencia.

—Por favor, excúseme, señorita Millford —rogó asustada.

—La perdonaré si se larga de aquí. Dudo mucho que viéndola por el condado, pueda mantener la boca cerrada para mi estimado amigo.

La muchacha asintió con presteza y retiró sus prendas para darse a la huida. Cuando Ava escuchó que la puerta se cerró, dio una carcajada musical.

—Dos y falta una. Esta señorita me lo ha puesto muy fácil. ¿Hay otra más que intente conquistar a Frances? —indagó, acercándose a la modista.

—No que yo sepa, señorita Millford. Pensaba contarle lo que me dijo la señorita Almost. Sé de la estrecha relación que tiene con el duque. Aunque, confieso que siempre hemos esperado que usted se casara con él.

—¡Qué tontería! Yo no me voy a casar y Frances tampoco. Somos dos solteros que para nada estamos interesados en el matrimonio, sino que para nosotros lo primordial es mantener nuestra libertad —aclaró, mientras la señorita Brown le hacía gestos para que la modista dejara de decir aquello, pues Ava no comprendía lo que todos en Derbyshire esperaban y que no se daba.

Elisa Brown logró que Ava concentrara su atención en la compra de los vestidos. Escogió uno muy bonito en tela damasco. Aquella le hacía recordar a Agatha cuando iba a los bailes acompañada de sus padres. En la noche ella se metía a la habitación y tomaba algunas cosas suyas para verse bonita, hasta que sus padres la indujeron a la delincuencia.

Por su causa fueron despedidos muchos criados de la casa, porque desapareciendo las cosas, sus padres no debían abonarles nada a aquellas personas. Después de la platería, los jarrones y las obras de arte, debían ir las joyas de Agatha. Nadie podía sospechar la niña callada y encerrada en la habitación. Nunca podría cambiar lo que fue: una ladrona. No importaba los buenos deseos que tenían sus padres para con él dinero. La habían hundido en el delito.

La señorita Brown le contó que el baile era en tres días y, también le dijo que podía ir con el señor Allen y ella, puesto que su hermana no podría asistir porque estaba indispuesta en los últimos días.

—¿Cree que Agatha está embarazada, señorita Brown?

—Sí. Quien duerme acompañado siempre está en riesgo — respondió su sincera acompañante.

—Eso significa que tendrá trabajo en la casa de mi hermana. No importa que vaya a casarse, puede quedarse para cuidarla.

—Quiero mis propios hijos, señorita Millford —emitió, riendo.

—¿No son suficientes con los hijos del señor Allen?

—No. Son cuatro y todos están muy grandes...

—Lo haré por última vez, señorita Brown, por favor, no se case.

—Señorita Millford, yo le rogaré algo. Cásese y hágalo pronto. No deje escapar la oportunidad que está pendiendo de un hilo. No le explicaré lo que para la mayoría es algo evidente y que usted ignora por razones desconocidas.

—Su inocencia es saludable, señorita Brown. No tengo la gracia, ni los ánimos para casarme. Nunca tuve una oportunidad. He cumplido con lo que se dijo que debía hacer: ser educada y debutar. No hay nada para mí después de eso.

—Es porque se ha pasado anunciando que será una solterona. Todo lo que uno quiere se pide por la boca.

—Pido entonces que Frances no se case y que sea mi amigo para siempre —pronunció, mirando por la ventanilla del carruaje.

La otra mujer negó y se resignó a que los caprichos de Ava eran más fuertes que su razonamiento y sus sentimientos. Estaba ciega con respecto a su amigo, sufriendo por no darse cuenta de que en la punta de la lengua tenía la solución para no perder al hombre de su vida.

Cuando llegó a la casa, encontró a Frances arrojando maíz a los patos de cerca del estanque.

Sonrió con genuina gracia y bajó apresurada. Cuando lo observaba con aquella tranquilidad, no imaginaba que alguna dama fuera a perturbarlo. La señorita Almost dijo que ella parecía un perro guardián y, así se sentía cuando se trataba de defenderlo.

—Es mejor alimentarlos antes de que se coman las cuentas de tus vestidos nuevos —pronunció arrojando el puñado de semillas.

—Solo ha ocurrido dos veces. Es por hacerle caso a Agatha y sus extravagancias...

—Me dijo Duncan que fuiste de compras.

—Si voy a conocer a tu adorada señorita Woodstock, debería ir bien vestida, ¿O no?

—No es mi adorada señorita, Ava.

—Pero te deshaces en halagos hacia ella.

—Me agrada su compañía...

—¡Soberano tonto! —exclamó molesta—. Hay mujeres malas y te aseguro que esa es una.

—La querrás al cruzar frases con ella. No hay malicia en sus palabras y gestos. Es una niña muy dulce.

—Como lo fui yo, supongo... —asumió con tristeza, al usar aquellos términos que él uso con ella desde que la conoció.

No podía evitar que algo en su interior se quebrara. Su relación con Frances se resquebrajaba con sus ansias de casarse.

—Tú siempre serás dulce, no importa las fachadas que uses para ahuyentar a la gente de ti, sabes que siempre me tendrás contigo.

—Debo...llevar las cosas del carruaje. Cuidado con tus botas, les gusta el cuero... —refirió, apresurando el paso para alejarse de él. Ese día no estaba lista para permanecer a su lado, sabiendo que

usaba ciertas palabras que le decía a ella para referirse a una extraña a la que acababa de conocer.

Quería tener de vuelta a su amigo, en los términos que antes habían pactado. Durante esos tres días, no se habían visto, cada quien con un capricho incierto. Ava no podía asumir que Frances sintiera algo por una extraña, y él, no podía continuar esperando a que Ava abriera los ojos a la realidad que los aquejaba.

Capítulo 16

En aquel baile público llegó con la señorita Brown y el señor Allen. Fueron en el humilde carruaje de la familia Allen, que poco se parecía al que tenía su cuñado o al de Frances en cuanto a lujo.

Su estimada señorita Brown se veía notablemente iluminada en presencia del señor Allen. Sabía que ella estaría bien atendida. Aquel caballero contaba con tierras y era alguien próspero, pero extrañaría la compañía e ignorar los consejos que siempre le daba Elisa.

—Odio los bailes... —gruñó Ava al sentir un par de miradas en su nuca.

—Si piensa ser soltera, debería disfrutarlos. Compañía nunca le faltará, señorita Millford —opinó el señor Allen.

—Estaré sola por su causa. Se llevará a la señorita Brown...

Elisa rodó los ojos y apretó con cariño el brazo de su prometido para que tuviera paciencia con sus groserías. El señor Allen conocía a la perfección a Ava, pues la vio creciendo en las tierras cercanas a las suyas. Era amable con todos, solo que egoísta en lo que se trataba a la compañía.

—Señorita Millford —saludó la voz de un caballero.

—Lord Benedict Chastain... —pronunció Ava con recelo.

—No la veo acaparando a Frances esta noche.

—Estamos a mano. Lo que pasa conmigo es que aún no lo he encontrado —replicó picante.

—Lamento decirle, señorita mía, que Frances está acompañado por la familia Romell. Una preciosa señorita está colgada de su brazo.

Ella observó hacia el lugar donde le indicaba Benedict graciosamente. Advertía el parecido entre Frances y el señor

Romell, solo un tonto no lo notaría. La señorita Woodstock estaba orgullosa y regia recostaba en su brazo. A su amigo no lo notaba molesto por ese acercamiento. Él le daba mucha atención y le sonreía complaciente.

—Lo hacía muerto en alguna batalla, milord...

—Aún no se ha educado, señorita Millford. Lo único bueno que noto es que Frances ha desistido de añorar su compañía —rezongó Benedict.

—Tampoco lo veo en su compañía —provocó Ava.

Benedict y Ava endurecieron sus miradas, desviando los ojos al mismo tiempo.

Él le hizo una inclinación de cabeza y se retiró sin más preámbulos. Siempre eran fuertes los enfrentamientos entre ambos por las atenciones de Frances.

—Lord Chastain debería cerrar la boca por siempre. Los únicos que deberían disfrutar de su compañía son los gusanos —se quejó Ava con los brazos cruzados bajo el pecho.

Los acompañantes de Ava se quedaron con la quijada al piso después de aquel bochornoso momento que presenciaron en silencio.

—Qué tontería pelear por alguien que los ignora a ambos —comentó la señorita Brown.

—Frances lleva tres días sin buscarme y yo tampoco me acercaré a rogarle su compañía. Me sentaré aquí, esperando que venga a hablarme —dijo caprichosa, tomando asiento en un sillón con vista a los danzantes.

Frances estaba demasiado distraído con sus visitas que no pudo darse cuenta del duelo en que se batieron Ava y Benedict por su amistad. La señorita Woodstock no se había despegado de su brazo desde que llegó a su casa. Estaba imposibilitado para saludar a los demás.

Cuando logró distraerse de la conversación, advirtió que Ava estaba sentada en un rincón, mientras la señorita Brown, sin dudas, la intentaba convencer de algo en lo que estaba equivocada.

—Excelencia, veo que Elizabeth está muy ansiosa por bailar, esta danza es de sus predilectas —dijo la señora Romell, que estaba tomada del brazo de su esposo.

—¿Danzará conmigo, señorita Woodstock? —pidió Frances, educado.

—Será un placer danzar otra vez con usted... —aceptó, sonriendo a su hermana y su cuñado.

Ambos asintieron y la vieron perderse entre los demás para danzar.

—Quisiera que Elizabeth se casara con su excelencia. Sé que a ti no te molestará no ser un duque.

—Lo que sea, con tal de librarme de mí adorada cuñada... —comentó sugerente—. Pero yo sé que el corazón de mi medio hermano está ocupado por cierta señorita descolorida, pero a ella no le interesa Frances. Si la abuela no lo persuadía de la idea de no permanecer solo y soltero para quedarse junto a ella, ni siquiera hubiese conocido a tu hermana.

—Puede aprender a querer a Elizabeth. Es evidente que hay gran afinidad entre ellos. No quemes mis esperanzas de que mi hermana sea una duquesa. Esos malos parientes morirán de la envidia. Los quisiera ver lamentándose...

—Vanos son los ánimos de venganza, es mejor vivir tranquilos, aceptando lo que nos toca.

Ava tomó una de las copas que pasó frente a ella en la bandeja de un mozo. Observó a la señorita Brown y al señor Allen, bailando muy animados. Sonrió por tanta alegría que le daban al baile, pero después de un momento, esa sonrisa se desvaneció. Frances con poca decencia tomaba de las manos y luego de la

cintura a la señorita Woodstock. Se sentía desfallecer. No era la primera vez que lo miraba en un baile, aunque sí era la primera vez que notaba cómo él tomaba a una mujer de las manos y de la cintura. Aquella intimidad no era algo causal ni una figuración de su mente y menos una verdad tergiversada.

Sus manos estaban endurecidas, quería hacer añicos la copa que tenía en las manos. Era evidente que Frances la abandonó porque ya no era necesaria su amistad. Era más importante una mujer que lo dominara como lo hacía la señorita Woodstock.

Toleró más de tres piezas de divertidos bailes para su amigo. No quería agriar la noche de la señorita Brown, de lo contrario, se iría en el carruaje y no volverían a saber de ella hasta el día siguiente.

Una vez que Frances pudo desligarse de Elizabeth Woodstock, se acercó a Ava, dirigió su mirada furibunda a él.

—Buenas noches, Ava —saludó con una inclinación.

—No pensé que su baile fuera tan obsceno y evidente, excelencia. Sé que es un evento público, pero no es para que todos se enteren de sus obscenidades —regañó molesta.

El rostro de Frances era de completa sorpresa. No imaginaba aquella reacción por parte de Ava. Solo había danzado y nada más.

—¿De qué hablas, Ava?

—Dejas nuestra amistad de lado por tus bajas pasiones. Es inconcebible, Frances...

—¡Esto es ridículo!

—¡Ridículo eres tú! —gruñó y lo dejó sin decir una palabra más.

Ava se alejó para esperar a sus acompañantes en el carruaje. No podía ver a Frances a la cara. Se sentía ofendida y abandonada

por él.

Capítulo 17

Meditó unos minutos encerrada en el carruaje. No comprendía la razón de su enojo exacerbado. Quizás fuera el hecho de imaginar que la cuñada del señor Romell, era una culebra que intentaba sofocar a su amigo. Se arrepintió de haberle dicho aquellas palabras tan duras a Frances. Lo vio ofuscado buscando una explicación que la complaciera, pero ella no lo dejó explicarse a causa de su capricho.

Su amistad apeligra cada día que pasaba con más prisa. Esos días sin ver a Frances la hicieron desconfiar de que esa relación amistosa que tenían prosperaría con una mujer que se interpusiera entre ellos.

Debía tragarse su orgullo y pedirle disculpas al día siguiente, como lo haría una amiga arrepentida por su vehemente reclamo. Con el tiempo que conocía a Frances, suponía que pudo tan solo estar siendo amable. Culpaba de su colapso a sus propias inseguridades, muy poco era a causa de la señorita Woodstock o del propio Frances. Tal vez el exceso de cariño que sentía por él la cegaba e impedía que fuera feliz. Era tan egoísta, que no deseaba verlo feliz con los demás sino solo con ella.

Su larga cavilación dio como resultado regresar al salón para demostrar que de cierta forma estaba arrepentida, aunque Frances no parecía desear explicar nada ni despejarle sus dudas en lo que restaba de la noche. Después de que la señorita Woodstock lo dejó, quiso acercarse, sin embargo, Benedict Chastain la aventajó. Estaba segura de que podía llevar mejores relaciones con una extraña a la que no soportaba, que con aquel lord que cuestionaba la amistad entre ella y Frances.

—Agradezco que hayas tomado la sabia decisión de alejarte de la extraña y descolorida señorita Millford, Frances. Te tenía dominado, como un patético enamorado. ¿Quién podría quererla siendo tan egoísta y vana? Y es más, peca de orgullosa sin tener nada de que engrandecerse... —aseguró Benedict.

—No deseo que hables mal de Ava. No la conoces en absoluto, ni nadie de las personas que tan solo con verla y

escucharla se crean falsas y ridículas ideas sobre ella. Siempre amaré a Ava, no importa que todos la odien, en mí, tendrá lo que necesita. Un amigo, un hermano, un vecino...

—Pero no un esposo. Se ha limpiado contigo la nariz como si fueras un pañuelo. El reinado de terror la pequeña ponzoñosa, terminó. Ahora está sola, como lo ha deseado desde que tuve el mal gusto de conocerla.

—Benedict, te recuerdo que quedaste fascinado al verla.

—¿Quién no lo haría? Va bien vestida a todas partes. Me rechazó con grosería cuando quise invitarle un baile.

—Ava es de esa forma. Nunca me ha permitido siquiera bailar con ella. Dudo mucho que alguna vez desee danzar contigo. Ella es dulce cuando lo desea y con quienes quiere. Actuaste muy mal esa noche al convencer a tu compañero del regimiento de que le dijera unas cosas. No lo olvidará con simples saludos.

Frances comenzó a sentir dolores en la cabeza por la tensión. Deseaba ir junto a Ava y decirle que estaba equivocada por completo, más, creyó conveniente hacerlo después, esperando a que se calmara.

No había percibido a Ava en ese estado en lo que llevaba de conocerla. Por un segundo sintió que le importaba como más que un amigo. Aquella vehemencia en sus frases, le hacía pensar en que quizás ella tuviera los mismos sentimientos que él callaba por miedo y vergüenza de cómo pudiera reaccionar al saberlo. Pensó muchas veces en decirle con indirectas, pero Ava terminaba tergiversando sus palabras a su manera, haciéndolo quedar como un bufón.

Estaba en una situación distinta, donde la amistad que ella sentía por él y el amor que sentía por ella, no convergían. Si de él dependiera, abandonaría sus obligaciones para permanecer a su lado, aunque, desconocía cuánto tiempo podría seguir sobrellevando el rechazo de Ava al matrimonio.

Al acabar la noche Frances y Ava solo se observaron a lo lejos. Él no tenía tiempo libre para acercarse, y ella, no estaba entusiasmada para estar con desconocidos.

Frances quiso salir después de llegar a su propiedad para ir y arrojar piedras a la ventana de Ava como solía hacerlo cuando no podía dormir. El destino era como de costumbre el estanque, pero

esa noche no pudo. Su medio hermano, el señor Romell lo interceptó en su salida.

—¿Qué hace, excelencia?

—Salgo a cabalgar por la noche cuando no puedo dormir...

—Es peligroso para usted salir a estas horas. ¿No prefiere que lo aburra con una plática sobre Elizabeth? —añadió el señor, a lo que Frances respondió con un asentimiento y una sonrisa nerviosa.

Sabía que iba a escuchar sobre lo encantadora que era. Sin dudas, Elizabeth Woodstock gozaba de mucha gracia y le agradaba su compañía, sentía empatía por todos, y recordaba con tristeza los momentos terribles que vivió junto a su hermana antes de conocer al señor Romell. Era imposible no considerarla perfecta.

—He visto que bailó con ella toda la noche y no se ha acercado a la señorita Millford.

—Ava no baila, dice que no le agrada, aunque sé que es solo un capricho suyo.

—¿Siempre la llama por su nombre? No me parece tal exceso de intimidad entre usted y ella. Podrían decir que desea aprovecharse de su extraña condición...

—Desde que nos conocimos. No me resulta importante lo que digan los demás. Sé lo que ocurre entre ella y yo...

—¿Y qué ocurre entre ustedes? ¿Amor? —inquirió burlón el señor Romell.

—Amistad de su parte.

—Me contaron que es usted quien le compra vestidos a la señorita Millford. ¿Lo sabe la abuela? Queda como si ella fuera soltera a conveniencia para sacarle presentes a un duque. Si va a mantener estrechas relaciones con mi cuñada, prefiero que no estén murmurando a sus costillas que mantiene a una amante.

Frances estaba verdaderamente molesto con aquello que le decía su medio hermano.

—Señor Romell, no espero que comprenda mi amor por la señorita Millford. Si no confía en que puedo cumplir con mis labores de duque o de esposo de su cuñada, le sugiero que se retire con su familia de la propiedad. No permitiré que le falten el respeto a Ava y menos en mi presencia. Estoy dispuesto a cumplir con darle herederos al título, algo a lo que usted no puede acceder, porque si

así fuera, le dejaría todo lo que poseo por quedarme aquí a ser vecino y amigo de ella.

—Qué amor más puro le profesa. Dígaselo. Si tiene esperanzas de ser correspondido es mejor que siga ese consejo. Si por el contrario, carece de esperanzas, conoce mi casa en Londres. Partiremos por la tarde de mañana. Confío en que aprenderá a querer y respetar a mi estimada cuñada.

El señor Romell se despidió con una inclinación de cabeza. Frances podía verse reflejado en ciertas acciones que tomaba aquel señor. Era directo y, aunque, en un primer momento se negó a creer en sus simples y cariñosas intenciones, notaba que no había nada malo detrás.

En la mañana, Elizabeth Woodstock observó cómo sus baúles eran subidos.

—Desconozco qué negocios pueda tener el señor Romell para irnos tan intempestivamente —se disculpó la muchacha—. Me hubiera gustado conocer un poco más la propiedad. No me ha llevado para ver a la señorita Millford.

—Podríamos hacerlo ahora. Al señor Romell no le importará esperar un poco para que recorrer la propiedad.

Ella asintió y tomada del brazo de Frances, caminó animada. Estaba decaída por regresar. Le agradaba aquel lugar, no deseaba volver tan pronto al barullo de Londres. Cuando iban caminando, Elizabeth se torció el pie al meterlo en un agujero de conejo. Frances la sostuvo de la cintura antes de tocar el suelo.

—¡Casi se me ensucia el vestido! —expresó agradecida, sujetándose apresurada de los hombros de Frances.

Él la ayudó a incorporarse con galantería y sonrió. Cuando alzó la vista, advirtió la figura de Ava con una canasta, al momento en que percibió que ella se giró para regresar a su casa, la llamó:

—¡Ava!

Ava se quedó quieta al escuchar su voz y se volteó con una sonrisa forzada en el rostro.

—Frances... —saludó con una mano.

La señorita Woodstock se arregló y se presentó frente a ella.

—Parece que usted conoce el terreno a la perfección, señorita Millford. Acabo de entrar sin ser invitada a la casa de quizás unas

liebres o conejos —dijo observando la canasta de la muchacha.

—Sí. Tengo unos años de conocer el lugar.

—¿A dónde ibas, Ava? —indagó Frances.

Ella no iba a decir que estaba rumbo a su residencia para que la disculpara.

—Iba a llevarle algunos panes al señor Allen por... soportarme ayer.

—Su casa está del otro lado —la contradijo Frances.

—Es que quería bayas y tus tierras tienen las mejores — argumentó para librarse —. Los dejaré porque estoy un poco apresurada. Adiós, señorita Woodstock, Frances...

Ambos hicieron una reverencia y la vieron perderse hacia la maleza.

—¿Siempre es apresurada? —curioseó Elizabeth.

—No. Por lo general no quiere volver a su casa cuando pasa por esta propiedad.

La muchacha guardó silencio y continuó caminando junto a su ausente acompañante, que solo pensaba en declararle su amor a Ava.

Capítulo 18

Por la tarde despidió al señor Romell y a su familia. Su medio hermano no parecía disgustado, aunque no se fiaba, pues la decisión apresurada de que se fueran fue obra suya. Buscó algo que hacer en su residencia hasta que fuera de noche. Respondió todas las cartas que tenía pendientes para mantener al margen a su angustiado pecho. La ansiedad de quizás perder la amistad con Ava, lo amenazaba con regularidad.

Se tomaba de la cabeza, iba y volvía con expectación sin encontrar tranquilidad a sus turbulentos pensamientos. Una vez que estuvo seguro, se escudó en la noche para definir por una vez las riendas de su destino. No podía continuar sin saber si Ava le era indiferente.

En la cena, Ava recordó su encuentro con Frances y Elizabeth Woodstock. Deseó por un momento que fuera un agujero de serpiente en el que pisara la muchacha. Su pecho estaba afligido por lo que observó. No bastaba con que aquella dama fuera hermosa y colorida, sino también parecía ser mejor compañía que ella. Qué temor sentía al pensar perdido el afecto de Frances. Estaba desganada, inapetente y esquiva. Su estado le recordaba a su hermana Agatha, mirando por la ventana de su antigua residencia en Londres, mientras definía sus sentimientos por el domador de caballos.

Ella no tenía nada que definir. Desconocía los motivos que la orillaban a sentirse lánguida y desconsolada. Lo más probable era que todos se sintieran de esa forma al perder una amistad sincera.

—Señorita Millford, la he visto distraída durante la cena ¿Qué le ocurre? —preguntó la señorita Brown, sentándose a su lado en la cama.

—Hoy vi a Frances con la señorita Woodstock. Desfallecí de la pena, pero no se los demostré. Primero me torturarían antes de avergonzarme por celos públicamente. Él solo paseaba conmigo de esa manera.

—Creo que es momento de dejar ir al duque, señorita Millford. El cariño que se tienen no desaparecerá porque él se case.

—¿Por qué es tan bonita, señorita Brown? ¿Por qué tiene tanta gracia?

—Quizás no piensa solo en ella y eso le agrada a su excelencia.

—¿Si usted pudiera retroceder el tiempo, qué cambiaría?

—No lo sé. No podía alargar la vida de lady Emma, pero me hubiera gustado hacerlo para que fuera más feliz. Yo encontré mi felicidad aquí con ustedes, aunque ciertamente dudé de que la condesa me recibiera, sin embargo, lady Emma tuvo razón, ella cambió para bien.

—Tomó una buena decisión. Sin usted aquí, quizás estaría más solitaria como en Londres. Frances fue la primera persona que se acercó a mí. Nadie puede culparme de que sea egoísta y que pretenda que se quede soltero haciéndome compañía. Le aseguro, que no hay persona que lo aprecie más que yo, y lo digo con la plena convicción de que es verdad. De esto puedo jactarme mil y una veces.

—Duerma y piense, señorita Millford, piense en la felicidad de su amigo y en la suya... —aconsejó antes de retirarse.

Al salir de la habitación Agatha tomó a la señorita Brown, cariñosamente del brazo y la acompañó por el pasillo.

—¿Qué tiene Ava, señorita Brown?

—Capricho. Ama a su excelencia, pero morirá siendo soltera. Creo que la presencia de la señorita Woodstock le está haciendo bien...

—¿Dónde le está haciendo bien?

—Está haciendo que se preocupe por otras personas y no solo por ella. Eso es algo muy positivo, milady. Buenas noches...

Agatha se quedó frente a la puerta de su habitación. Prefería ver a Ava como una cabra que como una triste babosa pegada a la silla.

Cuando intentaba conciliar el sueño, escuchó unos ruidos en su ventana. Al reconocer el sonido de las piedritas contra el cristal, se levantó a mirar. Su corazón se aceleró al ver a Frances, haciendo con un gesto de la mano, que le siguiera.

Salió a hurtadillas de su habitación con una sonrisa para encontrarse como antes lo hacía con su amigo y se apresuró a salir

por la puerta de la cocina.

Una vez que Frances le extendió la mano y ella la tomó para ir al estante, sintió una sensación extraña, de felicidad y ansiedad. Él también tenía esa sonrisa de satisfacción en el rostro. Parecía que eran los mismos de siempre en un encuentro furtivo para conversar de todo.

—Esta noche hay luna, Frances. ¿Recuerdas que esperábamos cada una para que no estuviera tan oscuro?

—Eres muy miedosa, Ava.

—Pero ya no tengo miedo, porque cierto caballero... —dijo señalándolo —, prometió cuidarme siempre.

—Una promesa es una promesa, estaré a tu lado cuando lo necesites.

Un extraño silencio se cernió sobre ellos, y Frances, miraba el suelo, la luna, sus manos y cualquier otro elemento, pero no la miraba a ella.

—¿Por qué no bailas, Ava?

—Porque no quiero que me miren extraño.

—¿Ni siquiera conmigo? Nunca has bailado junto a mí. Soy un buen bailarín, no aplastaría tus dedos —mencionó nervioso, como un aliciente.

—¿Te sientes culpable por lo que te dije ayer? Lo siento. Hoy iba a disculparte por decir tantas tonterías de una vez.

—Podría disculparte, pero solo lo haré si bailas conmigo...

—¡No es justo! No sé bailar —se quejó, apresurada.

—Yo te mostraré. ¿Confías en mí? —inquirió, pidiendo que tomara su mano.

Ava tragó saliva y con el corazón palpitante, agarró la mano que le ofrecía Frances.

Él tomó de la cintura y ella que desvió la mirada de su rostro. Estaría en el lugar del cual disfrutó la señorita Woodstock. El toque era suave, casi acariciando su cintura.

—Es un vestido encantador, señorita Millford... —comentó para aflojar a Ava que estaba tiesa.

—Es mi camisón.

—Usted tiene prendas hermosas hasta para que la cama se deleite con ellas.

—La noche se ha puesto calurosa —comentó nerviosa. Sintiendo un extraño calor en su pecho. Su respiración no dejaba de ser agitada.

—¿Qué pieza desea bailar?

—No sé —respondió ahogada.

Él comenzó un suave tarareo de un vals. La acercaba a su figura y respiraba muy cerca de su oído. Ella le entregó una genuina sonrisa cuando la giró en la danza y Ava quedó de espaldas a él, aún tomada de la mano y cintura por Frances.

—Desde hace mucho tiempo he deseado bailar contigo. No sé cómo serán para ti estas palabras, Ava, pero yo debo confesarme antes de morir de desasosiego. La he amado durante todos estos años, señorita Millford. Ansiaba que cambiara su idea del matrimonio para pedir su mano y convertirla en mi duquesa. La amo más que como un amigo, un hermano o un vecino, la amo con los preceptos del amor —pronunció al oído de ella.

Ava se quedó patidifusa sin comprender lo que ocurría. No podía mencionar palabras, solo se alejó de él para mirarlo, mientras sus ojos manaban lágrimas por no entender.

Él bajó una rodilla en el suelo, si se descubría, debía hacerlo por completo.

—Quizás no me conforme con su amistad, mi esquiva señorita Millford, quiero que tome mi mano y me haga el honor de ser mi esposa para vivir juntos en este campo que ambos amamos...

—Yo no voy a casarme, Frances —dijo arrodillándose frente a él—. Mírame, no soy como la señorita Woodstock, no he sido bonita nunca.

—Eres más hermosa que ella porque yo te veo así, Ava ¿Acaso tú no me amas como yo te amo? ¿Ha sido una figuración mía tus celos por mí? ¿Puedo estar tan equivocado, creyendo que vivo en tu corazón? Dímelo. Si tú no me amas como yo te amo, puedes siempre tener mi amistad, aunque, después de esta declaración de pasión por ti, no sé si todo será igual. No podría soportar tu rechazo y me iría a Londres a olvidar este sentimiento que me aqueja.

Epílogo

Ella se tomó del rostro y sollozó. Sintió que la angustia de su pecho mermaba a medida que dejaba salir su llanto.

—No tengo cejas, Frances. No me han considerado bella como a Agatha.

—Ava, tú no te has considerado. Alejaste a la gente por temor a sus opiniones, aunque tampoco tuviste en cuenta las mías, que no hacían más que halagarte. Lejos estaban de ser las palabras de un simple amigo, eran un de fiel enamorado de ti. Responde, te lo suplico, Ava. Acaba con mi agonía y dime lo que piensas...

—No sé cómo se siente amar, Frances. No sé si mis celos, mi búsqueda constante de ti y tu compañía, sean de amor o de amistad. Solo sé que no podría vivir sin ti. Para estar contigo, permanecería soltera hasta el último día de mi vida. Quizás no sea amor, pero lo parece —respondió con un intento de sonrisa, pues entre sus lágrimas y su alboroto interior, no sabía ni en qué lugar estaba arrodillada.

—¿Aceptarías ser mi esposa, mi duquesa y mi mejor amiga hasta que la muerte decida separarnos?

Ella asintió sin saber lo que le esperaba en un matrimonio, pero de la mano de Frances, sabía que todo sería perfecto.

Frances se incorporó con rapidez y agarró de las manos a Ava para luego, tomarla de la cintura y darle unas vueltas bajo el rocío de la noche.

—¡Frances! —exclamó, presa de la diversión y de una felicidad que la recorría entera.

—Le amo como un demente, señorita Millford. Sentía temor de que me rechazarás, pero decidí jugar con la carta de la confesión y la sinceridad —dijo bajándola pegada a su pecho.

—Desconozco qué es esto, pero me hace muy feliz —expresó tomando el rostro de él en sus manos.

Él pidió permiso con los ojos para poder descender hasta los finos y pálidos labios de Ava. Aquel contacto era extraño entre ambos, lo imaginó, aunque pensó que moriría sin probar lo que se sentía besar a la persona que amaba. Ava respondió con timidez y

desconocimiento. Nunca había bailado ni la besaron siquiera. Era probable que sus sueños interiores se cumplieran. ¿Quién no soñaba con un baile y un beso? Escuchó a las muchachas de la escuela de señoritas, hablar sobre aquello como si fuera lo que producía mayor felicidad. Y así era. A ella más bien le había dado un susto lo que le dijo Frances. Era inesperado e insólito que con el carácter que él poseía, se declarara con tanta intensidad.

—Esto es terrible, Frances... —musitó con un mohín triste.

—¿Qué? ¿Qué te haya besado? Lo siento, soy un poco apresurado, te pido...

—¡No! Qué las huecas de la escuela de señorita tuvieran razón con respecto al beso y al baile. No me gusta dar mi brazo a torcer.

—Ven conmigo, siéntate —ordenó Frances asiéndola por la mano derecha, para sentarse en aquel tronco que ambos colocaron ahí años atrás para pescar.

Cuando se sentó Ava, él se recostó en sus muslos para mirar el cielo y ella le acarició su melena castaña.

—Siempre buscando como mimarse el duque de Northumberland...

—¿Y sabes quién me agasaja esta noche?

—Yo.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—La duquesa de Northumberland. Nadie más que tú se merece el título.

—Duquesa.... Siempre pensé que sería una solterona y que ese sería mi título.

—Algo dentro de mí me decía que alguien tan apuesto como yo no podía quedar solterón... —agregó burlón para ver que Ava hacía una mueca con la boca y giraba los ojos.

—Y yo dije que tú serías soltero, lástima que sea yo quien te sacará de tan penosa situación —comentó con picardía—. No puedo creerlo aún, Frances Percy...

—Todavía no se lo pedí a tu cuñado.

—Es lo menos preocupante. Hará una fiesta enorme en conmemoración a que me voy a casar, tu abuela es quien pegará el grito en el cielo.

—Iremos a Londres para decírselo personalmente. El señor Romell tendrá que disculparme por ilusionar a su cuñada.

—Te agradan las cuñadas ajenas...

Pasaron toda la noche en aquel tronco, conversando sobre sus sentimientos. Cuando tuvieron que despedirse, a Ava le costó soltar la mano de Frances, pero debía estar en casa, el sol había salido y el día para ellos sería largo.

Caminando por el pasillo hacia su habitación, vio la puerta de su sobrino Sebastian. Su lado perverso no pudo mantenerse aislado, entró y se acercó a la cama.

—¡Sebastian, despierta! —gritó removiéndolo al niño con violencia.

Ella se echó a reír sin parar, mientras Sebastian no comprendía lo que ocurría.

—¡Tía Ava!

—Pequeño demonio, quería que fueras el primero en saber que me casaré... ¡No tendrás que darme la pensión!

Sebastian se colocó las mantas en la cabeza para quejarse. No le gustaban los chascos de Ava.

—Mi padre dice que no ha nacido el tonto que se case con usted, tía...

—Tu padre conoce al incauto. ¡Oh, sobrino mío, qué sorpresa te llevarás!

Salió relamiéndose de la habitación. Dormiría con una gran paz. Era increíble que le hubiera dicho que sí a Frances. Lo adoraba y no podría vivir sin él. El día anterior le dijo a la señorita Brown que nadie querría más a Frances que ella, tendría toda la vida para demostrarle su afecto.

—¿¡Comprometido!? —exclamaron Agatha y Duncan al escuchar a Frances que llegó después del mediodía para conversar sobre la mano de Ava, por eso pidió hablar con ambos.

—Sí, me he comprometido ayer por la noche. Fue todo muy fortuito —confesó nervioso, haciendo que su sombrero diera vueltas en su mano.

—Será una pésima noticia para Ava. ¿Quiere que se lo digamos nosotros? —indagó Agatha con cierta decepción en sus palabras. Esperaba que el duque alguna vez se casara con Ava.

—Es aterrador tener que soportar su llanto otra vez. La primera fue cuando escuchó que estabas buscando esposa y ahora...esto... —secundó Duncan a su esposa.

Frances carraspeó su garganta para tener el valor de decir lo que quería.

—Disculpen, pero me he comprometido con Ava.

Los condes frente a él estaban mudos, incrédulos y quizás demasiado pálidos.

—No es bueno jugar con las ilusiones de hermanas casamenteras... —acusó Agatha con una sonrisa nerviosa.

—Pueden preguntarle a Ava si no me creen.

—¡Pero si anoche se lamentaba por usted! —insistió ella.

—Le pedí que saliera junto a mí por la noche. Disculpen por no presentarme debidamente, pero necesitaba conversar con ella en privado.

—¡Duquesa! ¡Ava será una duquesa! —exclamó Agatha abandonando la silla para ir a buscar a su hermana.

—¿Duquesa? Ava será una duquesa... no puedo creerlo, es imposible. Esto es un sueño. Se irá de la casa.

—Se mudará aquí, en el vecindario.

—Lo importante es que se irá contigo. No hay mejores manos para ella que las tuyas. Pensé que nunca llegaría este día. Tan ciegos los dos, hacían las cosas imposibles.

—El señor Romell me ha dado el valor para que se lo pidiera. No me atrevería a jugar con las ansias de matrimonio de la señorita Woodstock.

—Me preocupa lady Beatrice...

—Ella sabe que amo a Ava, solo que se sorprenderá de que ella me ame.

Agatha buscó a Ava en el salón infantil. La señorita Brown estaba conversando con ella, llegó en el momento justo en que la tomaba de las manos para felicitarla.

—¡No puedo aún comprenderlo, Ava! —expuso su hermana, sorprendiendo a ambas.

—Todo era tan simple. Frances me ama y sin dudas yo a él, pero nunca lo he querido ver.

Elisa Brown se levantó y llevó a Felicity afuera de la habitación para que las hermanas conversaran.

—Nuestra madre morirá de la sorpresa y nuestro padre estallará de emoción —dijo Agatha, agarrando las manos de su hermana.

—No creí merecerlo, pero Frances me quiere sin las cejas. No soy bonita como tú, Agatha. Tuve miedo de que nadie me quisiera, por eso no bailaba. Lo único seguro y sincero era el afecto de ustedes y de Frances, inclusive de lady Sophia.

—Sé que no tienes una belleza convencional, Ava, pero eres bella a tu manera y el duque lo sabe. Todo lo malo que pueda haber contigo, fue culpa de nuestros padres y mía. No te di un buen ejemplo, salvo el de casarme por amor y, luego los Millford, que te obligaban a robar y a esconderte. Bendita la hora en que subiste a mi carruaje rumbo a *High Cottage*.

—El mejor viaje, aunque el más incómodo.

Una semana después, Frances y Ava partieron en compañía de la señorita Brown a Londres para informar de su compromiso a lady Beatrice. Al señor Romell se le fue informado del mismo por una carta que, esperaban no fuera engorrosa para nadie.

—¡Frances querido mío! Es una sorpresa verte por aquí, y más con la señorita Millford.

Ava se acercó nerviosa a la anciana mujer y le hizo una reverencia.

—Es un placer saludarla, milady —pronunció Ava muy alterada al ver el rostro poco entusiasta de la dama.

—He venido a contarle que me comprometí, abuela.

—Y supongo que la señorita aquí presente, es la afortunada dama —escupió la mujer.

—Sí, Ava ha aceptado casarse conmigo.

—No. No acepto esta unión... —gruñó lady Beatrice, haciendo que Frances y Ava quedarán lívidos —, sin saber si la señorita Millford realmente te aprecia como tú a ella.

Ava miró a Frances y asintió para acercarse a lady Beatrice.

—Lady Beatrice, nadie amará más a su nieto que yo, se lo prometo. No tema por su suerte, estará bien cuidado por mí hasta

que la muerte nos separe...

Lady Beatrice desvió su mirada de Ava para emitir sus palabras.

—Quiero muchos bisnietos, señorita Millford...

—Abuela...

—¡Deja que la convenza de algo! Ha venido mansa como un cordero.

La anciana mujer aceptó que se unieran después de escucharlos. Lo demás era historia hasta que ellos consiguieran el final feliz de estar juntos.

Por Londres, se corrieron las amonestaciones para el matrimonio del Duque de Northumberland con la señorita Ava Millford y hasta Derbyshire se pudieron leer las noticias en el periódico.

—¡Señor Ross! —exclamó apresurada la señora Ross.

—Dime, querida.

—¡He conseguido que la señorita Millford se case con el duque! ¡Te lo dije! —se jactó la mujer.

—¿Y tú qué tienes que ver en eso? Dijiste que era un caso perdido.

—Perdido hasta que hallé la forma de casarlos. Todos esperábamos ese matrimonio y sé que usted apostó a que no ocurriría. Ha perdido dinero, señor Ross.

—Sigo sin comprender...

—Usé a tres señoritas de buena familia. Nadie soportaría que le roben al amigo. La señorita Millford siempre ha tenido esa debilidad. Todo este tiempo invertido en ella, por fin dará sus frutos... ¡Le dije que casaría a todas las muchachas que pasaran por mi escuela! Es casi una garantía de una hija casada.

—Lo que tú digas, querida ¿cómo te enteraste de mi apuesta?

—Soy bruja, querido. Ahora si me disculpas. Invitaré a toda Inglaterra a la escuela de señoritas de la señora Ross, un éxito avalado.

∞ ∞ ∞

Dos años después...

Ava pasaba el día junto a Frances cerca del estanque donde le había pedido matrimonio tiempo atrás. Mientras sus cañas de pescar esperaban pacientes un anuncio en las campanillas, ellos jugaban a las cartas.

—Creo que esta partida la perderás, milady —anunció Frances escondido detrás de sus cartas abiertas como un abanico, dejando solo ver sus ojos.

—¿Está seguro, excelencia? Dudo que pueda ganarme —replicó también con un gesto burlón.

—Estás a punto de entregarme el fruto de tu pesca.

—Entonces no perderé porque no la picado nada.

—Ciertamente...

Ella vio que Frances iba a bajar la carta que la dejaría rezagada y decidió usar su mejor carta antes de que él lo hiciera.

—Vamos a tener un hijo, Frances —confesó, haciendo que él quedara inmóvil. Luego, bajó sus cartas y caminó nervioso por la orilla del estanque.

Ava aprovechó para cambiar sus cartas por las de ella y de esa forma ganar esa partida, más la pesca que él tuviera. Nada en sus hábitos había cambiado. La diferencia era aquella palabra que flotaba con armonía entre ellos: amor.

—¡Estás segura! Haremos una fiesta, bailaremos hasta cansarnos. Mi abuela lo hubiera querido así, Ava.

—Si es una niña, la podemos llamar Beatrice. Se fue maldiciéndome, estoy segura.

—Quizás nos maldijo a ambos. ¿Qué deseas como regalo por este gran anuncio?

—El más valioso de todos los regalos...

—¿Joyas?

—No.

—Una propiedad más grande...

—Tal vez.

—No lo sé...

—Un beso... —pidió acercándose a él para tomarlo por sorpresa. Lo besó con intensidad para después alejarse y darle una sonrisa —. Te amo, Frances Percy, y también, te he ganado...

Él miró las cartas que ella le enseñó después del beso.

—Es un robo, Ava.

—¿Puedes comprobarlo? Me llevaré mis peces.

—No te irás...

—¡Atrápame si puedes! —exclamó echándose a correr con la canasta de peces de Frances.

—¡La alcanzaré, milady! ¡Y mi venganza será terrible! —exclamó preso de una felicidad inquebrantable.

Amaba a su esposa y amiga, para él la vida no había sido más dulce que los años que llevaba con ella y una nueva etapa se iniciaba para ambos con aquel pequeño en camino.

Fin...

Acerca del autor

Laura A. López



Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, tengo 31 años, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón por que más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre Un romance real, y otra para novela histórica: Tan perversa como inocente.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: Una perfecta señorita y La ventana de los amantes. Todas de romance histórico.

También he incursionado en la auto-publicación en amazon, con: Los mandatos de rey, que es un cuento corto, una dama infortunada, corazón de invierno, una heredera obstinada y una beldad indomable.

Libros de este autor

[Rescatando tu alma perdida](#)

[Belleza y Venganza](#)

[Amor y dolor](#)

[Entre las sombras](#)

[Obligándote a amar](#)

[Te deseo para mí](#)

[Un romance real](#)

[Tan perversa como inocente](#)

[Desavenencias del amor](#)

[Una perfecta señorita](#)

[La ventana de los amantes](#)

[Una dama infortunada](#)

[Una heredera obstinada](#)

[Una beldad indomable](#)

[Nuestro tiempo perfecto](#)

[Corazón de invierno](#)

[Mi gran sueño londinense](#)